

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura

## Sumario

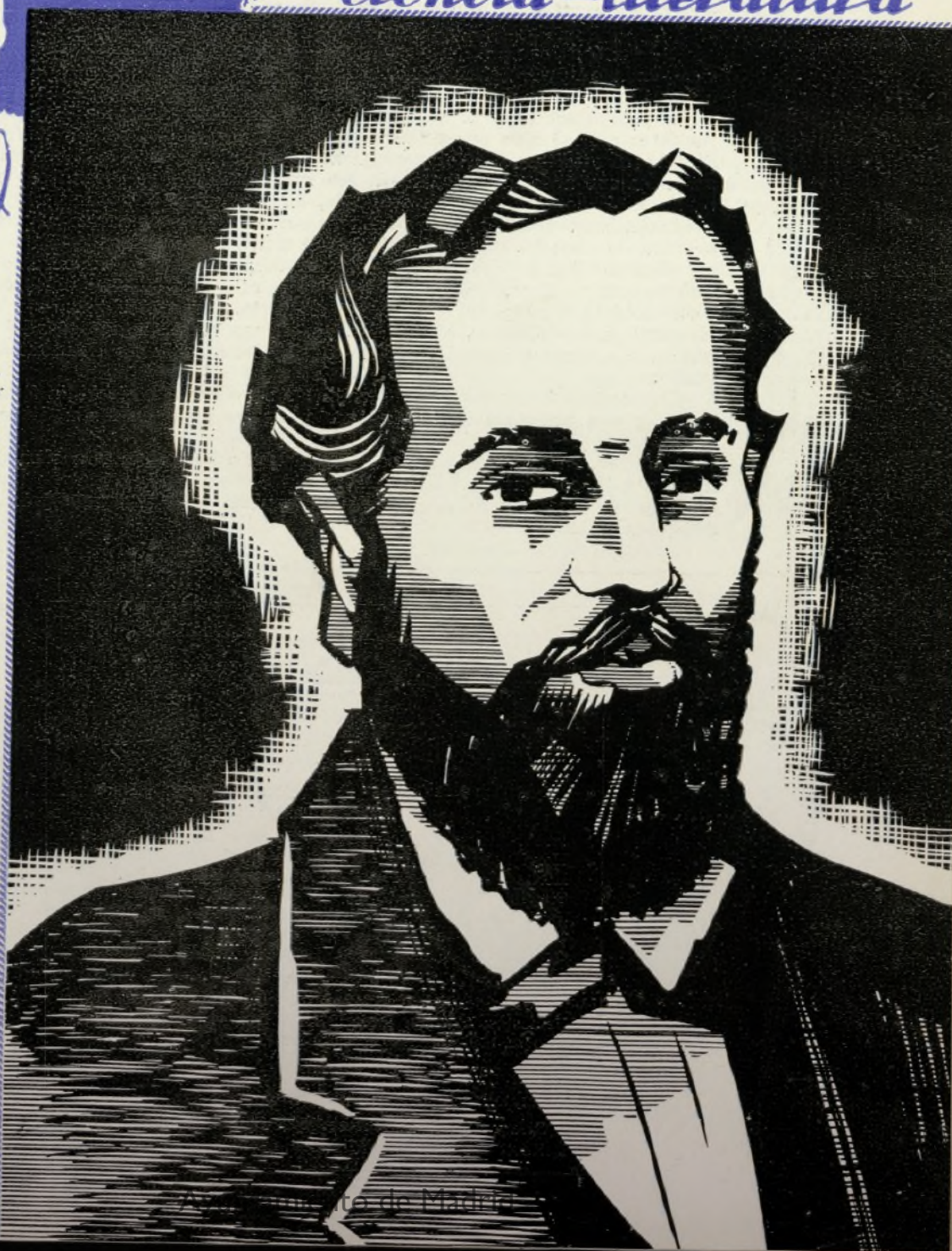
Liberto Callejas: El destierro. — Ideario de Machado. — A. Rosell: Elena Key. — E. Armand: Cristianismo libertario, anarquismo cristiano. — F. Montseny: Londres y sus contrastes. — Puyol: Estampas de los meses, Enero. — Selección de V. Muñoz: El pensamiento vivo de Eliseo Reclus. — Lizcano: Individualismo y personalismo. — Cano Ruiz: Breve excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo. — M. Celma: La vida y los libros. — Tres charlas acerca del cristianismo. — Felipe Alaiz: Círculo y prueba. — J. Alaucho. Universalismo español. — M. Rama: Revoluciones sociales del siglo XX (folletón encuadernable)

# 108

DICIEMBRE · 1959

REVISTA MENSUAL

PRECIO 100 FR.S.





## NUESTRA PORTADA

# GANIVET

Sin perder nada de su universalidad, de esa universalidad que tan por encima está de lo mediocre, de lo limitado, de lo pequeño; que es abstracta sin dejar de ser concreta. Angel Ganivet es y piensa para su tierra. Es español de pies a cabeza. Es español, repetimos, pero no patriota.

Se mató a los 33 años tras habernos dejado a la humanidad su obra recopilada en 9 libros. Como el otro universal, Zweig, Ganivet se suicidó cuando su cerebro llegaba a la madurez y cuando, por este motivo, hubiera podido ser todavía más útil a la humanidad. Muchos han sido los hombres que se han preocupado por divulgar y echar conclusiones estudiando los escritos de este incomparable granadino, pero, con ser muchos, nada supone ante la importancia que con el tiempo se reconocerá en las obras, tales como «Idearium español», «Epistolario», «El escultor y su alma», «La conquista del reino de Maya, por el último conquistador Pío Cid» seguida de «Los trabajos del infatigable creador Pío Cid».

Ganivet fué un hombre, quizá demasiado rígido y exigente, de ahí que llegara a suicidarse. De nadie admitía ni una pequeña doblez en materia política o religiosa, siendo, no obstante, respetuoso para con todos. No quise jamás ofender, ni con hechos, ni con palabras. No ofendió ni siquiera con el pensamiento, según propia declaración no desmentida por nadie.

Dos rasgos importantes sobresalen de su obra: una sicología fina y sabrosa, y una preocupación social tan profunda como acertada, libre y escueta.

Por ser, en fin, muy nuestro, CENIT rinde homenaje a la obra de Ganivet con la certitud de que contribuye a popularizar al insigne andaluz, maestro de nuestras letras, sociólogo honrado y de una inteligencia privilegiada.

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



# EL DESTIERRO

por Liberto CALLEJAS



AY todo un sentido emocional en las horas, los días y los años del destierro. Así lo sentimos nosotros que, a pesar de todo, seguimos llamándonos refugiados con ese orgullo peculiar de los hombres que no han perdido el sentido de la responsabilidad, ni la capacidad de acción y convicción. Hay emoción, y muy profunda, en el dolor, la tragedia, y hasta en la alegría. Esta emoción es la que sirve de guía a los hombres que saben mantenerse firmes ante la vertiente de la desesperación. Lo importante, lo interesante, es sentirse fuerte, inmenso, en un clima inédito y singular: el clima de la angustia. Muchas de las defecciones, huidas y deserciones que se han experimentado en el campo de los hombres que luchaban, o decían luchar, por unas ideas de progreso y emancipación humanas, obedecen a este sentido de angustia del individuo, diluido en la pesada atmósfera de descomposición que envuelve al mundo.

—Yo no creo en nada —me decía un amigo—. Todo es falso: los hechos, los hombres, las ideas, los sistemas, las concepciones, las creencias.

La angustia del destierro ha creado ese tipo de pesimista reconsagrado; y es inútil dialogar con él.

Este amigo pesimista, en España, hablaba ante las multitudes y les decía que el hombre debía comerse las nubes, y que ante el empuje vital de la voluntad no había nada imposible. Este hombre empuñaba la pistola y se batía contra los que querían detener el metabolismo de la vida. Este hombre era un luchador animoso y un gladiador bien probado. Sufrió varios destierros, pisó cárceles y presidios, sintió en sus carnes el látigo de los esbirros, el hierro mordió a sus muñecas, el insulto conmovió sus entrañas. Y ahora, aquí, en el destierro, dice que **no cree en nada**, que todo es falso. El caso de este amigo es de una alcance y de una trascendencia enormes. ¿Era realmente un creyente, o era sencillamente un hipócrita? ¿Ha sucumbido ante la angustia del destierro, o se ha transfigurado en su verdadero perfil de incrédulo? Lo cierto es que en el destierro esos hombres pesimistas forman ya una legión espantosa. ¿Les ha faltado el sentido emocional de la vida? Creemos que sí. Estos hombres eran, ante todo, sujetos temperamentales y el temperamento se manifiesta siempre al impulso de la presión o depresión sanguínea. Lo temperamental no tiene que ver con la volición espiritual del ser humano. Es un accidente, no una fórmula exacta. El desterrado que **no cree en nada** es un ente aterrado, que ha castrado su capacidad de visión y de serenidad y vive de ilusiones fallidas.

El impacto de la realidad presente ha descompuesto y atomizado al hombre que no estaba seguro de sí mismo, que no creía siquiera en sí mismo. Solamente se han salvado de esta prueba terrible los hombres que no se han desprendido del sentido emocional de la vida. Emoción es la dinámica que da impulsos generosos y crea plenitud de ejercicios en la mente humana. La vida del hombre con ser un drama es un drama heroico. Lo interesante es sublimizar este drama y convertirlo en una enseñanza y en una realidad. Hay que pensar que, en este momento mismo, creemos, que a pesar de la crisis de valores, de la confusión, del pesimismo, de la crueldad y de la triste evasión de los desesperados vamos hacia un nuevo renacimiento. Del hierro, del fuego, de la crueldad, de la amargura, habrá de renacer el **Hombre** en su más pristina esencia. La presencia del hombre será manifiesta en el mundo. Se impondrá la persona humana como corolario de máxima libertad.

Por eso el destierro tiene un sentido emocional de presente y de futuro, un alto sentido de realización y de plasmación. Los que poseen este sentido se habrán salvado porque son hombres de un pueblo y de una Causa.

Los que **no creen en nada**, los que dicen que **todo es falso** son hombres sin vida. Mueren poco a poco, y de la peor manera posible.



# Ideario de Machado,

*cada día que pasa,*

**E**N España —no lo olvidemos— la acción política de tendencia progresiva suele ser débil, porque carece de originalidad: es puro mimetismo que no pasa de simple excitante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra máquina social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos —digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.

★

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos:

1º Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

2º Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

3º Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado.

4º Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

5º Que todo reaccionario consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual sólo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.

Y a los arbitristas y reformadores de oficio convendría advertirles

1º Que muchas cosas que están mal por fuera están bien por dentro.

2º Que lo contrario es también frecuente.

3º Que no basta mover para renovar.

4º Que no basta renovar para mejorar.

5º Que no hay nada que sea absolutamente impeorable.

★

Los hombres que están siempre de vuelta en todas las cosas son los que no han ido nunca a

## REFLEXIONES

Dicen que la Revolución Francesa rompió las modorras en que yacía el pueblo. Y yo digo: no son las revoluciones las que despiertan a los pueblos, sino el despertar de los pueblos el que produce las revoluciones.

SANTIAGO ARGUELLO

ninguna parte. Porque ya es mucho ir: volver, ¡nadie ha vuelto!

★

Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois: de ningún modo dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de nuestra raza. Entre ellas debemos contar la de ser muy severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes para juzgar a nuestros vecinos. Hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España. Pero nada advertiréis en esto que no sea natural y explicable. Porque nadie sabe de vicios que no tiene, ni de dolores que no le aquejan. La posición es honrada, sincera y profundamente humana. Yo os invito a perseverar en ella hasta la muerte.

★

Los que os hablan de España como de una raza que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial, ésos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; de ningún modo el de buenos españoles.

★

Digo que podrán ser hasta buenos patriotas, porque ellos piensan que España es, como casi todas las naciones de Europa, una entidad esencialmente batallona, destinada a jugárselo todo en una gran contienda, y que conviene no enseñar el flaco y reforzar los resortes polémicos sin olvidar el orgullo nacional, creado más o menos artificialmente. Pero pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo. De esto hablaremos más despacio otro día.

¿Intelectuales? ¿Por qué no? Pero nunca virtuosos de la inteligencia. La inteligencia ha de servir siempre para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien. Si averiguásemos que la inteligencia no servía para nada, mucho menos entonces la exhibiríamos en ejercicios superfluos, deportivos, puramente gimnásticos. Que exista una gimnástica intelectual que fortalezca y agite intelectualmente a quien la ejecuta, es muy posible. Pero sería para nosotros una actividad privada de puro utilitarismo y egoísta, como el comer o purgarse, lavarse o vestirse, nunca para exhibirla en público. La gimnástica como espectáculo, tiene entontecido a medio mundo, y acabará por entontecer al otro medio.



# nuestro MACHADO

## más nuestro

El marxismo, señores, es una interpretación judaica de la historia. El marxismo, sin embargo, ahorcará a los banqueros y perseguirá a los judíos. ¿Para despistar?

★

Porque no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigrar a vuestro prójimo. Tal es el principio inmovible de nuestra moral. Nadie es más que nadie, como se dice por tierras de Castilla. Esto quiere decir, en primer término, que a nadie le es dado aventajarse a todos sino en circunstancias muy limitadas de lugar y tiempo, porque a todo hay quien gane, o puede haber quien gane, y en segundo lugar, que por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan.

★

El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie.

★

Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente. (1)

★

Y si Cristo vuelve, de un modo o de otro, ¿renegaremos de El porque también lo esperan los sacristanes?

★

Es el descontento la única base de nuestra ética. Si me pedís una piedra fundamental para nuestro edificio, ahí la tenéis.

★

«¿Qué te parece desto, Sancho — dijo don Quijote —. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.» En el capítulo más original del Quijote, así habla el Caballero de la Triste Figura terminada su genial aventura de los leones. Claro se ve que es Don Quijote, nuestro don Quijote el verdadero antipolo del pragmatista, del hombre que hace del éxito, de la ventura, la vara con que se mide la virtud y la verdad. Es muy posible que un pueblo que tenga algo de Don Quijote, no sea siempre lo que se llama un pueblo próspero. Que sea un pueblo inferior: he aquí lo que yo no concederé nunca. Tampoco hemos de creer que sea un pueblo inútil, de existencia superflua para el

conjunto de la cultura humana, ni que carezca de una misión concreta que cumplir, o de un instrumento importante en que soplar dentro de la total orquesta de la historia. Porque algún día habrá que retar a los leones, con armas totalmente inadecuadas para luchar con ellos. Y hará falta un loco que intente la aventura. Un loco ejemplar.

★

La unión constituye la fuerza. Es una noción elementalísima de dinámica, contra la cual nada tendríamos que oponer, si no hubiera tontos y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretenden acomodarla a sus propósitos, y que propugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse.

Si algún día España tuviera que jugarse la última carta — habla Juan de Mairena — no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados, por el mero hecho de haber nacido. Pero éstos la jugarían valientemente, quiero decir desesperadamente, y podrían ganarla. Cuando menos salvarían el honor, lo que equivaldría a salvar una España futura. Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos. Habrían perdido la última carta de su baraja y no tendrían carta alguna para jugar en la nueva baraja que apareciese, más tarde, en manos del destino.

★

Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta, y en general el escritor debía escribir para las masas, contestó: «Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres, basada en una descalificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medio con relación a unidad de volumen.

### MEDITACIONES

Lo que dijo Cristo es verdad; pero aún no es la Verdad. Lo que dijo Buda es verdad; pero aún no es la Verdad. La Verdad es Aquello que dice verdad con Cristo, con Buda, con la hoja, con el viento, con el gusano y con la estrella.

SANTIAGO ARGUELLO

(1) Obsérvese lo poco divino que es Dios en boca de Machado. (N.D.L.R.)



## Precursores de la educación

# ELENA KEY

**C**UANDO indagamos sobre la vida, formación e inclinaciones de las mujeres que en el siglo pasado surgieron como luminarias en las inquietudes de su época, nos damos cuenta de que su idiosincrasia suele destacarse por un sentido propio de responsabilidad, por un consciente YO que burla su personalidad, por un corazón que se inclina bondadoso al dolor humano, por un afán de mejora del individuo para mejorar a la sociedad de que forma parte, la que se desea en perenne dignificación.

Luisa Michel, por ejemplo, se entrega como enfermera y madrecita a los inquietos de la Comuna de París; Concepción Arenal, se desvive para solucionar el problema que afecta a los castigados por una «justicia» con frecuencia confusa y tirana; Clemencia Royer, nos da la pauta para estimar al átomo como motor del mundo; madame Curie, procura hallar en la ciencia algo que beneficie a la humana grey; madame Yoteyko, busca en la educación de la mujer el fundamento de una sociedad razonable por el comportamiento de sus seres; Séverine, brega para terminar con los crímenes guerreros; la doctora Magdalena Pelletier, lucha para el laicismo escolar en un sentido profundamente humano y racional; Magdalena Vernet, en su «Avenir Social» trata de dar forma y vida al problema de la escuela liberada de toda intromisión extraña a los intereses de los padres y de la personalidad del niño; en fin, las mujeres del siglo pasado y comienzos del presente, vibraron al impulso de una bondad generosa y noble y se formaron y movieron en un ambiente libre de rutinas, de tradiciones cómodas, de culpas a seres imaginarios cuando del bien y del mal se trata, o de fatalismos adaptados a todas las conveniencias y excusas de la voluntad tambaleante.

Elena Key, la admirable mujer sueca, educadora y feminista razonable, no sufragista ni atávica, no podía escapar a esa norma formativa en su vivir de niña y de mujer que capta la realidad ambiente.

«He nacido — nos dice — para vivir en el campo y en la soledad en que me he formado; pero he sido educada para la actividad social y por la simpatía humana», para añadir en seguida: «El individualista que tiene la pasión de juzgarse un ser único y de exteriorizar las intimidades de su YO, no disfrutará nunca de una existencia fecunda; en cambio el hombre sociable sabrá adquirir con su propia vida y con la de otros, riquezas y encantos siempre nuevos», todo lo cual nos ofrece el convencimiento de su comportamiento generoso y noble para cumplir su vocación voluntariamente impuesta y abnegadamente sentida.

Nace Elena Key en diciembre de 1849, de madre perteneciente a familia aristocrática y de padre de espíritu despierto, cultivado y luchador como periodista defensor del racionalismo filosófico y de las ideas que se abrían camino en las lides del pensamiento libre.

Por causa de diferencias confesionales entre las dos familias de sus padres, éstos no pudieron contraer matrimonio «legal», pero supieron consagrarse a su hija y procuraron darle una educación de acuerdo a los ideales de los filósofos y humanistas de mayor profundidad, entre los que Rousseau figuraba en primer término.

Y la niña, sin sujetarse a métodos, sin concurrir asiduamente a la escuela, teniendo a la Naturaleza, a sus padres y otras personas selectas de la inteligencia como cultores, aprende a leer, luego estudia el francés y el alemán con gran facilidad. Tanta era su vocación y anhelos de saber y de valerse de sí misma, y tal el cuidado de los padres, que la quisieron libre y buena con gran sentido de responsabilidad y de consciente valimiento.

Llegada la época de regularizar sus actividades, de imprimir un tono a sus actos, de inquirir en las cosas de la vida, Key sufre algunas dudas, se enreda en algún escepticismo turbador que sus momentos de meditación de joven entrando en la vida, la tientan para el suicidio, mas, bien pronto se recupera y comprende que aquel momento de debilidad debe trocarse en valor para la lucha propia y la de los demás que a su vez contempla desdichados por un lado, misérrimos por otro, castigados por el infortunio, la ignorancia y la explotación por doquier en que el maquinismo favorece sólo a una de las partes.

Y desde este momento, su vida toma un rumbo definido y se entrega de lleno a una lucha sin reposo para lograr la emancipación de la mujer, la liberación del hombre, la dignificación del niño con lo que poder llegar a la estructuración de una sociedad justa, equitativa, buena, armoniosa y libre como debiera ser la formada por todos los seres después de tantos siglos de experiencias y de sinsabores infructuosos.

Ibsen, Strindberg, Nietzsche, Rousseau, entre otros, le ofrecen base para sus afanes perfectivos de la especie, llevando como ideal ese anhelo de cultura para todos, de luz en las mentes, de equilibrio en las cosas, y entonces sus escritos, sus arengas, sus actos, se convierten en piqueta demoledora de lo que estima dañino y retrógrado, llevando en sí los materiales para construir algo sublime sustitutivo de lo rutinario y ofuscador.

Ya en 1874 se la quiso encargar de la dirección de una escuela primaria, pero no se sentía con fuerzas para soportar el ordenamiento de carril, y prefirió afinar mejor su vocación y su capacidad, hasta que se decide a



ingresar como profesora en un colegio de muchachas de gran reputación, notándose en seguida su influencia, y sus alumnas bien pronto reconocieron que las explicaciones de la joven Key constituían para ellas horas estimables de inefable recogimiento, en que su espíritu se iba nutriendo de pensamientos elevados e ideales confortadores que las estimulaban a proseguir en los estudios siempre con mayor solicitud y júbilo.

No intentó Key encaminar su trabajo de educadora, hacia una didáctica escueta; preparaba a sus alumnas para hacerlas mujeres afables, diligentes, conscientes del deber y celosas de la misión altísima que las llevaba a cultivar la inteligencia y a modelar el carácter.

Pero a la vez, nuestra educadora quiso contemplar su obra, y desde 1893 a 1900, desarrolló, en el Instituto Obrero de la capital de Suecia, fundado por el sexólogo Antonio Nistrom, una activa campaña de divulgación científica, de extensión universitaria, logrando dar forma a sus inclinaciones e ideas innovadoras de infundir un sentido integral y armónico a la enseñanza.

Y desde 1887 hasta 1900, son infinitas las obras que escribió, culminando en su «El Siglo de los Niños», prosiguiendo esa labor intelectual hasta 1922 que diera fin a su obra «La mujer y la guerra mundial».

Jamás cejó en su lucha en bien de la humanidad y cuando tenía derecho al descanso, terminó sus días en Estocolmo en mayo de 1926, sin haber podido contemplar ni un resplandor de sus anhelos en esta desventurada especie que día a día va más hacia el vacío y que ella quería elevada y en evolución continua. Tal vez el resumen de su acción, lo hallemos concretado en la síntesis que escribió el amigo Eugenio Relgis hablando de ella: «Elena Key — dijo — ha luchado por todos los ideales nobles y elevados, y ha sabido hacer de su personalidad y de su propia vida un gran ejemplo de trabajo, de abnegación y de bondad».

Quedan, pues, sus doctrinas educativas, no pedagógicas ni reglamentaristas, que son, cada día más, un motivo a tener en cuenta cuando el mundo se aquiete y tome la senda, y mejor, el atajo, de su evolución liberadora y humana.

Su ideario como educadora lo hallamos entre sus muchas obras, en la ya citada, o sea «El Siglo de los Niños». Entre los principales sustantivos, podemos consignar sus consejos: «Enseñad a los niños a guiar, a contener sus pasiones, pero no tratéis de sofocarlas», porque el niño es un ser que se pertenece, y por eso agrega: «La educación llegará a ser ciencia y arte, sólo cuando esté basada en la convicción de que por una parte no pueden ser eliminadas las consecuencias de nuestros errores, y por lo tanto siempre deberemos sufrirlas, y por otra parte, la evolución y una adaptación lenta pueden transformar los defectos en cualidades. Ya nadie creará en los milagros que pueden obrar los castigos y las impresiones violentas. Se aplicará a la psicología el principio de la indestructibilidad de la materia, y se sabrá que una disposición general no puede ser arrancada sino solamente corregida, transformada, ennoblecida»...

Y señala: «No quiero decir que tengamos que guiarles, obligándoles a ser como quisiéramos que fuesen, sino que debemos hacerles imitar nuestro ejemplo sin que se den de ello cuenta. No quiero decir que les tratemos con violencia o con astucia, sino con su misma seriedad y honradez».

Cabe subrayar que los anhelos de Key en sus afanes educativos, no son mera retórica, mera teoría, no; pone el alma la convicción ferviente y siempre que tuvo oportunidad, en su acción educadora, puso el ejemplo. Claro que para ello del mismo modo que se impone crear una escuela con alma y espíritu humanizado, debería contarse también, con maestros vocacionales, apóstoles de la educación, no sujetos al ordenancismo reglamentario, sino conscientes de su labor libremente ejercida sin las trabas de una economía compleja o sutil y sin el embrollo de un funcionarismo simplemente burocrático o silogista.

Y va lejos aún en su discriminación. Dice: «El error más grande de la educación actual, es el de ocuparse demasiado de los niños. El ideal de la educación futura será crearles un ambiente bello, en el sentido más extenso y elevado de la palabra, en donde podrán crecer y moverse libremente, teniendo por única limitación los derechos intangibles de los demás. Sólo entonces conseguirán penetrar los adultos en el reino actualmente casi desconocido del alma infantil».

¿Por qué no podemos admirar en la realidad de la educación en todos los pueblos, a pesar de los intentos o ensayos de rutina o de acomodo, que se prodigan con demasiada frecuencia y con excesivo sentido de verbalismo, los afanes y doctrinas de los precursores de la educación? Tal vez Key nos lo explique:

«El niño — señala —, tiene un mundo nuevo e infinito que estudiar, explorar y conquistar, y sólo encuentra obstáculos, avisos y prohibiciones inoportunas. Debe siempre hacer, dejar de hacer, buscar o querer algo que no es aquello que haría, buscaría o querría espontáneamente; y es impulsando sin descanso en sentido opuesto a sus tendencias. Todo, naturalmente, por amor, por cariño, por deseo mal entendido de ayudar, aconsejar y dirigir, y también por la ambición de moldear con aquella blanca arcilla humana, un ejemplar perfecto en la especie de los niños-modelo».

Pero se cruza, en esta implantación posible del respeto y estima racional del niño como entidad, la trabazón social, la complejidad de la vida, una economía asaz ingrata, todo lo que, si el tiempo lo permitiera en esas breves síntesis, podríamos estudiar a través de las muchas obras de la notable luchadora que había en Key. No obstante, sería de desear que cuantos se sientan más cerca del apóstol que del burócrata rutinario, procuraran estudiar sus teorías y convertirlas en realidad en lo posible, que ya sería el cumplimiento de un bien a la humana grey futura, en esa inmensa desventura que soportamos.

Para terminar, digamos con ella: «Quien quiera educar hombres y no muchedumbres, debe seguir el precepto del gran Stein: «cultivar todos los impulsos de los cuales depende el valor y la energía del hombre». Esto sucederá solamente cuando enseñemos lo más posible a los niños las ventajas y peligros de la libertad, los derechos individuales, la responsabilidad de sus propias acciones, las condiciones y deberes del libre albedrío, en una palabra, todo aquello que el asilo combate inconscientemente y que sólo puede dar la educación doméstica».

Una vida plena y bella, nos obliga a meditar sobre los niños y su futuro.

A. ROSELL



# Cristianismo libertario

## Anarquismo cristiano

por E. ARMAND

EN la segunda parte de su actividad intelectual, Tolstoi, el gran novelista ruso ensayó de conciliar el cristianismo, mejor dicho, las enseñanzas dadas por Jesús de Nazaret (o que le han sido atribuidas) con el anarquismo o ausencia de autoridad gubernamental, considerada (esta autoridad) bajo la forma más evidente y brutal: la violencia.

No es difícil hallar en los libros sagrados de los cristianos, particularmente en los llamados Evangelios, aserciones que tienden hacer de Jesús una especie de revolucionario místico, de rebelde religioso puesto en el índice por la Sociedad de su tiempo. El se complace predicando entre los desheredados, la chusma del medio social de la época; gusta de la compañía de los peajeros y de gente de mala vida, relacionándose hasta con prostitutas, etc., sublevando toda esa gente contra la forma de enseñar y el comportamiento del clero judío, hipócrita, maquiavélico, ávido de poder espiritual y temporal como lo es el clero de todos los tiempos. En Jesús se puede ver una especie de anarquista que termina por sucumbir en el curso de una lucha enconada y desigual, pero sin un gesto de sumisión o de retractación ni ante el gran sacerdote Caifás, símbolo del poder eclesiástico; El Dogma; ni ante el rey Herodes, símbolo del poder civil; La ley; ni ante Pilatos, símbolo del poder militar; El sable.

Tolstoi consideraba como base de

la doctrina cristiana: «la no resistencia al mal por la violencia». Jesús, no solamente ordenaba a los que le seguían «el amar al prójimo como a sí mismo», (Ev. XXII, 39); el prescribe además «no resistir al malvado o al mal» (Id. V. 43), en oposición al antiguo precepto judaico. «ojo por ojo, diente por diente». Es partiendo de la «no resistencia al mal por la violencia» que se extiende todo el tolstoísmo. Las consecuencias que de ello se desprenden son incalculables, ya que prácticamente la «no resistencia» se traduce por la «resistencia pasiva», es decir: la negación de obediencia a las órdenes del Estado implicando el empleo de la fuerza o de la violencia; la no cooperación a servicios públicos en los que existe, bajo una u otra forma, coacción u obligación. La huelga general pacífica forma parte del cuadro de actividades tolstoianas.

Aunque públicamente y en privado (él me lo escribió personalmente) Tolstoi se declarara «anarquista cristiano», se mostraba firmemente opuesto a la creación de un movimiento tolstoiano organizado. Los tolstoianos rechazaban individualmente el servicio militar, el juramento ante jueces y tribunales; evitaban que los hijos frecuentaran las escuelas del Estado; se negaban a pagar impuestos, etc. Los nombres siguientes acuden a nuestra mente y la pluma na halla dificultad alguna para anotarlos: Skarvan, que se niega a prestar servicio militar; el ex juez anglo-hindú Ernest Crosby; Vladimir Cherkoff (confidente de Tolstoi) y Pablo Biriukoff su traductor; Bulgakoff, su secretario; los ingleses Aylmer Maulde, Arthur St. John, John C. Kenneworthy; los americanos Clarence S. Darrow y Bolton Hall; el ex pope Yvan Tre-

guboff, y tantos otros rusos entre los cuales Pedro Veriguin, el «conductor» de los Doukhobors; todos se han esforzado, mediante la pluma, la palabra y el gesto, de extender y propagar la filosofía del maestro.

Conviene señalar que los dukhobors rusos y los «nazarenos» yugoeslavos son anteriores a Tolstoi. Los Dukhobors y Tolstoi se han influenciado ambos entre sí, pero el «douxhoborismo» está al margen del tolstoísmo.

Son los holandeses quienes se han preocupado de dar al anarquismo cristiano un programa condensando las ideas tolstoianas esparcidas por todo el mundo. Hacia 1900, Félix Ortt y el grupo reunido en torno suyo publicaron un semanario: «Vrede» (La Paz), y folletos tales como «Cristelijk anarchisme» (Anarquismo cristiano), «Denkbeelden van een cristen-anarchist» (Pensamiento de un anarquista cristiano), «De Weg te Geluk» (El camino de la felicidad); «Liefde en Huwelijk» (Amor y matrimonio). En la misma época, por mi parte, publiqué «L'Ere nouvelle» (Era Nueva), apareciendo entonces menos regularmente, mediante la cual yo mantenía contacto directo con los diferentes representantes de la actividad tolstoiana, las colonias anarquistas cristianas, los dukhobors, etc.

El núm. 1 del 7º año de «Vrede» (1903), contiene, bajo la firma de Félix Ortt, el siguiente manifiesto anarquista cristiano:

«Anarquista cristiano significa: primero, discípulos de Cristo; segundo, negadores de toda autoridad (exterior).

«Es discípulo de Cristo el que busca que con toda rectitud vivir según el espíritu de Cristo, pertenezca a la secta que sea y sea cual fuere el dogma al que pertenezca. Vivir según el espíritu de Cristo es: Amar

MAXIMA:

No eches leña  
y el fuego se apaga.



a Dios con todo el alma; es decir, buscar el amor perfecto y la santidad perfecta y tierna».

«Amar al prójimo como a sí propio; la puesta en práctica de esta regla de vida es incompatible con toda dominación, es decir, con toda clase de egoísmo».

«En realidad, cristiano y anarquista son sinónimos».

«Pedro y los apóstoles, siendo cristianos eran anarquistas. Es lo que se deduce de la respuesta a las órdenes de las autoridades: Vale más obedecer a Dios que a los hombres». Por ahí se deduce que la anarquía, es decir, la ausencia de toda autoridad, no será posible sino cuando el amor reine en la conciencia humana, cuando los hombres vivan según el espíritu de Cristo».

«No es necesario que la fe deba forzosamente basarse sobre la Biblia para alcanzar este objetivo. Un discípulo de Buda o de Lao-Tsé (Confucio), un hindú, un israelita, un musulmán, un ateo que busca la perfección propia y el amor para con el prójimo, viven según el espíritu de Cristo».

«Las palabras de Buda: «Subyuga la maldad con la bondad, el mal con el bien», proceden del mismo sentir que las de Jesús: «No resistáis al malvado».

«Lao-Tsé, diciendo: «El que vence a los otros es fuerte, pero quien se vence a sí mismo, es todopoderoso», hace prueba de investigación de la santidad parecida a la que Jesús indicaba diciendo: «Sed perfectos como lo es vuestro padre». Las dos definiciones se confunden y complementan».

«Los discípulos han expresado en dos frases las aspiraciones de aquellos a quienes no satisfacen teorías y palabras, que quieren traducir en actos. Helas aquí: «El amor no es amor más que cuando se da él mismo en holocausto». (Tolstoi).

«No ames por lo que diga nuestra lengua, sino por nuestros actos y de veras». (San Juan).

En lenguaje popular esto significa: «No pactemos ya más tiempo con el capitalismo y los detentores de la propiedad; con el asesinato de nuestros semejantes o el militarismo; las sentencias iníquas o los tribunales; el alcoholismo o la degradación física; la prostitución o el amor venal; el asesinato de los animales, (carnivorismo, caza, vivisección, etcétera). En una palabra: rompamos con todo lo que hace sufrir a no im-

porta qué ser, por el simple deseo de procurarnos un goce pasajero».

Estas declaraciones resumen poco más o menos al cristianismo libertario o anarquismo cristiano, tal como de ordinario se interpreta.

En un núm. ulterior de «Vrede» (9 de enero de 1904), Félix Ortí insistía sobre ciertas cuestiones controvertidas por los tolstoianos, declarando monstruosa la idea del «deber» de permanecer ligado toda la vida con una mujer a causa de relaciones sexuales accidentales, y que la unión duradera no puede ser sino la resultante de un amor verdadero, aspirando a la unidad. Vivir con un ser vis a vis del cual no se siente ninguna afección verdadera, sería atentar al significado de la frase que resumía para Jesús todas las relaciones sociales: «Ama al prójimo como a ti mismo». «No resistas al malvado».

Admitido como un dogma presen-

taria un carácter muy peligroso. Por otra parte en la epístola de Jaime (IV, 7), se observa que los primeros cristianos aconsejan la resistencia al espíritu del mal, condición necesaria para desembarazarse de él. Poco importa que se interprete por «maligno» al hombre malvado — malo — o aun al propio mal; lo que se ha de interpretar como enseñanza de esas palabras es la resistencia al mal, pero sin odio, sin devolver golpe por golpe; sin obrar jamás por venganza; sobre todo tener siempre presente que quien hace el mal está bajo el imperio de la ignorancia y hay que tratarlo como tal.

Existe aún en los Países Bajos una «Unión anarco-comunista religiosa», basada sobre directivas análogas; posee un órgano propio y su actividad está orientada hacia la negativa de prestar el servicio militar.

Trad. F. FERRER

## Así es la España franquista

Al parecer en España hay un futbolista que se apellida Kubala, quien, descontento del salario que percibe, busca otro equipo donde ganar más. ¿Qué es lo que gracias a la miseria de la sociedad, ganaba este jugador? Las líneas que reproducimos a continuación son suficiente explícitas por sí solas para comprender el alcance de una época y aquilatar la pobreza de una humanidad creadora de semejante escarnio y prostitución:

«Cuando Kubala me pidió libertad incondicional me quedé aterrado — dijo el presidente Miro-Sans —. Comprendí que quería ganar más en otra parte, y para él, TRES O CUATRO MILLO- NES de pesetas (30 ó 40 millones de francos). Yo habría preferido que me hubiese pedido 50 millones de prima más pronto que enviarme este ultimátum. Kubala gana cerca de 2 millones de pesetas (20 millones de francos) por año, es decir, alrededor de 5.000 pesetas por día (50.000 francos)... y no me explico que quiera marcharse.»

(Transcrito del periódico «Shot» del 9 de octubre 1959)

UN MAESTRO GANA 50 PESETAS, ESTE FUTBOLISTA 5.000.  
¡POBRE ESPAÑA!



## DIEZ DIAS EN INGLATERRA

# Londres y sus contrastes



O se puede juzgar un país por el que no se ha hecho más que pasar, sin tener verdadero contacto con sus naturales, por faltar el vehículo del idioma; sin haber calado ni en la psicología del pueblo, ni en el clima, ni en el paisaje, pues ambos sólo pueden conocerse a través de todas las estaciones del año.

Cuanto pueda yo decir, en estas condiciones, ha de ser sólo impresión vaga, somera, casi epidérmica. Podré narrar lo que he visto; no podré definir ni juzgar nada.

Y lo que he visto, sólo han sido monumentos célebres y lugares clásicos y pintorescos.

El primer día, la buena voluntad de un joven, el que para pasearme por Londres sacrificó una tarde de salida con novia, y la solicitud de los amigos Roa y Suceso Portales, la compañera de Acracio Ruiz, me permitió ver lo más céntrico de Londres —Piccadilly Circus, Oxford Road, el Pall Mall, las callejas históricas de la City, Trafalgar Square— y St Paul's Catedral y la abadía de Westminster, donde son coronados los reyes de Inglaterra y donde duermen el sueño eterno todos los grandes hombres empezando por Wellington, pasando por Darwin y terminando por Bevin.

Bajo las losas de la monumental abadía están los restos de cuantos grandes políticos, hombres de ciencia, filósofos, escritores y poetas produjo el genio inglés. A ese honor póstumo no escapan ni los ateos, pues allí están todos, fraternalmente mezclados, para honor y gloria de la Gran Bretaña.

Para mí fué una sorpresa y casi un sacrilegio pasar sobre la losa donde duerme Darwin e ir buscando bajo las sillas donde se sientan los que van a escuchar las sobrias misas de la Iglesia anglicana, otros restos famosos e ilustres.

Hay el llamado «rincón de los poetas», lugar preferido de Roa, donde cuanto produjo el genio inglés en ilustres vates se encuentra reunido en marmórea asamblea. La catedral de Westminster es el templo de la gloria, cuya puerta franquean, vivos, los reyes, y muertos, los inmortales por su sabiduría, su inteligencia, su arte. No analicemos los anacronismos de este hecho. Toda Inglaterra está plagada de ellos.

No obstante, la catedral de Westminster es hoy más un museo que un templo. Constantemente desfilan por ella los grupos de turistas y de estudiantes de todos los lugares del globo.

La catedral de San Pablo tiene un carácter más religioso. Como obra arquitectónica es monumental y magnífica.

La perspectiva del Támesis desde los puentes es inolvidable. La ciudad se extiende a ambos lados y las masas sombrías de las viejas mansiones de la

época de los Tudor, del reinado de Isabel I, le dan todavía un aspecto más extraordinario, más distinto de cuanto puedan ser, por ejemplo, las perspectivas de las dos riberas del Sena.

Pude ver de cerca los famosos Horse Guards, en el cuartel que ocupan y donde cada año la reina Isabel II les pasa revista ante la multitud que acude para ver el espectáculo. Pasé varias veces por esta famosa Plaza de Trafalgar, de tantos recuerdos para mí, pues en numerosas ocasiones mi madre me había contado los grandes mítines en ella celebrados en protesta —ya en 1897 y 98— de las atrocidades cometidas en España contra los anarquistas.

Varias veces pasé también por ese Tottenham Court que había sido el barrio donde vivieron mis padres, refugiados en una humilde habitación de hotel «meublé» a últimos del pasado siglo, cuando fueron expulsados y deportados de España a Londres, como remate final del famoso proceso de Montjuich.

Al día siguiente, domingo, Sobreperas, con su cochecito, y Roa y Acracio Ruiz, infatigables «cicero-nes», me llevaron a ver otros aspectos de Londres: el famoso Monumento, elevado en el lugar en que se produjo el terrible incendio de la capital en el siglo XVI, altísimo obelisco desde el que se domina todo Londres, según me dijeron; el célebre número 10 de Downing Street, donde hay la sede de los Primeros Ministros ingleses. Simple casa de dos pisos, con una modesta entrada, que han franqueado desde Pitt y Disraeli hasta hoy Mac Millan, pasando por Mac Donald y por Churchill, donde han vivido durante largos años y donde han ido forjando el famoso Imperio Británico los políticos de turno en gloria y en influencia.

Y, ¡cómo no! la London Tower, la vieja e imponente fortaleza donde se escribió la otra historia de Inglaterra, la negra, la pavorosa, la del despotismo coronado, la de los Plantagenet; la de los Tudor, medio locos; la de los Stuart; la de todas las dinastías que se fueron turnando en la historia de Inglaterra, ensangrentándola con crímenes de Estado, con ejecuciones monstruosas. ¡Qué es la historia de la Bastilla al lado de la de la Torre de Londres!

El domingo sólo pudimos verla de fuera. Sólo pudimos contemplar su masa imponente, sombría, lo que queda de sus fosos, transformados en parterres y en jardines por los que hoy se pasean y toman el sol los viejos y los niños. Pero aún existe la llamada Puerta de los Traidores, por donde eran introducidos, traídos en barca por el Támesis, todos los que caían en la desgracia de los reyes, sobre todo en los tiempos de Enrique VIII y después de su terrible hija Isabel. Contemplándola, me decía que por esa puerta entraron, para no salir vivos de la fortaleza, las reinas Ana Bolena y Catalina Howard; el Conde de Essex, amante de Isabel caído en desgra-



cia; el duque de Monmouth, bastardo de Carlos II ejecutado por su hermano; el bello Seymour, primer y quizá único amor de Isabel, la reina virgen y trágica; el pobre Tom Culpepper y tantos otros.

Hasta el viernes de la semana siguiente, ya de regreso de Oxford, no pude visitar el interior de la Torre, que es todavía una ciudad habitada por las familias de los guardianes y un destacamento de Horse Guards, tan extraordinarios y tan ingleses.

En este primer domingo, sólo me fué dado ver el exterior de la fortaleza, rodeada de todos los cañones ganados por Inglaterra a sus enemigos, y el puente de la Torre, de tan siniestro recuerdo como ella misma; en efecto, en ese puente es donde se clavaban en picas las cabezas de los que el furor real hacía inmolarse en la fortaleza. Con escalofríos pensé que allí debieron colgar los largos cabellos deshechos, que allí debieron descomponerse, con los ojos abiertos bajo un último horror, las hermosas cabezas de Ana y Catalina, las dos esposas de Enrique VIII, sacrificadas por los celos infernales del monstruo.

Terminamos esta mañana bien aprovechada, yendo a beber una cerveza a la taberna del Tigre —The Tiger Taberne— establecimiento en cuyo frontispicio se lee: Esta mansión fué honrada con la visita de la Reina Elisabeth en 1500 y pico. El interior se conserva tal como estaba hace cinco siglos, con el mismo estilo de época, las sillas y las mesas, pequeñas y bajas, los muros decorados con escenas de pesca y de guerra. Según parece, esta taberna era un famoso lugar de cita de los célebres piratas que allí se encontraban para reclutar tripulaciones y concertar golpes de mano.

Pensé que Isabel quizá la visitó para reponerse después de alguna atrocidad cometida en la Torre de Londres, saliendo de asistir a alguna escena de tortura. O quién sabe si entró en ella para entrevistarse con alguno de esos piratas, como sir Walter Raleigh, que fueron los primeros artífices del poder naval de Inglaterra. O bien, más humana y simplemente, para satisfacer alguna natural e irresistible necesidad fisiológica.

Ya de regreso, pasamos por el Mall, al final del cual se encuentra el palacio de Buckingham, residencia de los reyes. En el Mall hay también Clarence House, palacio donde viven la reina madre y la princesa Margaret, y una serie de edificios, residencias de grandes familias de la corte.

Contemplamos desde fuera la masa imponente del Palacio de Westminster, ocupado hoy por el Parlamento.

Por la tarde, tuve el inmenso placer de pasearme bajo los árboles de Hyde Park y de presenciar algo que constituye el espectáculo más específicamente inglés de toda la Gran Bretaña. Me refiero a la esplanada de Hyde Park, donde cada día festivo —y cuando se les antoja— se reúnen centenares de personas para escuchar los mítines al aire libre que dan hombres y mujeres de todas las razas e ideologías.

Negros, católicos, comunistas, pacifistas, cuáqueros, ejército de Salvación, creadores de filosofías nuevas, agitadores o chiflados: todo el mundo va a abrir en Hyde Park la válvula de escape de sus inquietudes y de sus protestas.

Hyde Park ha permitido a todos los gobiernos ingleses gobernar en paz, esto es, sin revoluciones. Los revolucionarios se van a vociferar bajo la arboleda, trasladan su cólera y su desesperación a una multitud de desocupados que les escuchan, aprobándoles, o discutiendo, o riéndose de ellos, pero nunca insultándoles, y la protesta se ha diluido en palabras. Los gobernantes de turno, conservadores, liberales o laboristas, pueden estar tranquilos: el trono no temblará ni las instituciones correrán ningún riesgo... Todo puede decirse en Hyde Park... menos una cosa: criticar a la familia real, invulnerable e intangible. A sus expensas lo aprendió un compañero nuestro, que se atrevió a tomar la palabra, hablando del despilfarro que representa para Inglaterra sostener el lujo de una numerosa familia improductiva, y fué invitado cortésmente a seguirlos por los correctos e impasibles «policeman» que se pasean entre los grupos sin decir palabra. Llevado a una especie de torre-vigía que hay en la entrada, desde la que la policía vigila las expansiones verbales del público, fué cacheado e interrogado. Se le dejó en libertad, después de una amonestación que puede resumirse en breves palabras: Inglaterra acoge y deja libre a todo el mundo. A cambio, los acogidos a la hospitalidad de Inglaterra han de respetar lo que hay de más sagrado para los ingleses: la Monarquía, símbolo de todas las tradiciones inglesas, y sobre todo, su Graciosa Majestad, por todos amada y considerada.

Aparte este detalle, el derecho al griterío, a la prédica, a la atención del público por todos los medios, músicas, disfraces, payasadas, etc., etc. — es innegable.

Desde luego, nuestros compañeros ya han renunciado a Hyde Park, convencidos de que perdían el tiempo y de que las palabras, como han sabido muy bien desde Pitt a Mac Millan, el viento se las lleva.

★

Al regreso de Oxford fué cuando, acompañada por Suceso y por una guapísima sobrina suya que nos facilitó mucho las cosas —aunque los ingleses parezcan fríos, son sensibles a la belleza, y gracias a la de la chica, lo mismo los guardianes de la Torre de Londres que los del Museo Británico, eran amables con nosotros— pudimos a paso de carga visitar estos dos enormes edificios.

No puedo tampoco decir que he visitado el Museo Británico por el hecho de haber recorrido las salas donde se extiende la gama de restos de la historia antigua, de las extintas civilizaciones: sólo las salas dedicadas al Egipto antiguo ocupan un espacio enorme.

Y fué todo lo que pude ver del Museo Británico. Tuve que renunciar al arte moderno, en aras del viejo, que personalmente me interesaba más. Consideré que del arte renacentista y contemporáneo tenía suficientemente acumulado en el Museo del Louvre; en cambio, en egiptología sobre todo, el Museo Británico es uno de los que más tesoros tiene recogidos.

Las civilizaciones egipcia, griega, romana; las de los mayas, los aztecas y los incas; todo cuanto representa el genio y el ingenio de los hombres que crearon formas de vivir de las que somos los continuadores y los herederos, me interesa y me apa-



siona. Por ello pasé ratos muy agradables recorriendo esas salas donde tanto hay reunido y conservado. Como detalles que quedan en mí profundamente grabados, recuerdo dos: Una momia egipcia, que tendrá unos 3.000 años, tan extraordinariamente conservada, que aún se vé el vello en el pecho y restos de cabellos en la cabeza; momia no envuelta en lienzos, sino en posición inclinada, como si durmiera, con las rodillas encogidas y los brazos a altura del cuello. Según parece, su estado de momificación lo produjo el haber sido sepultada en arena ardiente. Tal como la encontraron, en la misma sepultura en forma de bañera, se encuentra en una vitrina. Se trata de un hombre joven. El segundo detalle, es un busto encontrado en las ruinas de Palmira. En su brazo izquierdo, cerca del puño, hay trabajado en el mármol un reloj pulsera. Lo que os demuestra que el mundo es muy joven o que nosotros no tenemos una medida exacta del tiempo: estamos muy cerca todavía de ese pasado que nos parece tan lejano.

De la torre de Londres, dada la premura de tiempo, no pudimos ver más que lo más esencial la Torre Blanca, la Torre Sangrienta y la esplanada donde se levantaban los cadalsos y donde tantos hombres y mujeres murieron.

Pudimos ver el calabozo donde estuvo encerrado el infeliz Tom Culpepper, acusado de ser amante de la reina Catalina Howard, también allí encerrada y ajusticiada; el sable con que cortaron la cabeza de Ana Bolena, que, como favor especial, pidió no ser ejecutada al hacha, e hicieron venir un verdugo de Francia con su cimitarra, allí conservada como recuerdo. Las salas y los instrumentos de tortura. Vimos la armadura de Enrique VIII sobre el caballo también cubierto de armaduras y en tamaño natural, reproducción del que montaba cuando contrajo matrimonio con Catalina de Aragón, su primera mujer repudiada para poder casarse con Ana Bolena, hecho que dió nacimiento a la Iglesia de Inglaterra. Como el Papa se negó a consumar la repudiación, el fogoso monarca creó una Iglesia para su uso propio. Esa dócil Iglesia consagró su unión con Ana Bolena, a la que degolló dos años más tarde. Ana Bolena, madre de la que después debía ser Elisabeth primera. Sobre la armadura de hombre y caballo brilla la rosa de los Tudor, entrelazada con el escudo de Castilla y Aragón.

Vimos las habitaciones donde esperaron su última hora Juana Grey, la duquesa de Sommerset, el duque de Monmouth; donde fueron ahogados bajo un colchón los hijos de Eduardo, para que su tío pudiese reinar. El calabozo donde escribió páginas inmortales Tomás Moro, antes de subir también al cadalso en la misma siniestra fortaleza.

Hoy todo esto es un Museo, que Inglaterra conserva quizá para poder decir: ved lo que hemos hecho de nuestro pasado: un recuerdo encerrado dentro de vitrinas, como el hacha del verdugo y los instrumentos de tortura que desgarraron la carne de tantos hombres.

El orgullo de Inglaterra es haber conseguido esta relegación, esta transformación, por medios evolutivos y pacíficos... Sin embargo, ninguna historia es tan sangrienta como la de Inglaterra, lo mismo bajo la dinastía demencial de los Tudor, que bajo

los Stuardos o los Plantagenet. No hace todavía un siglo, Inglaterra era el país en que más se ejecutaba y donde la pena de muerte se aplicaba por más leves delitos, sin aceptar casi nunca las circunstancias atenuantes. Cuando yo estuve en Londres, aún no había sido ejecutado Podola, pero pocos días después lo fué.

Podola había muerto a un policía, crimen nefando que se castiga con la muerte en casi todos los países, pero más en la Gran Bretaña, donde el policía es doblemente sagrado, incluso para la opinión pública, porque va sin armas. No obstante, cuando uno vé de cerca a esos robustos muchachos, todos **cinturas negras** de judo, todos gimnastas completos, que con la sola fuerza de sus puños reducen e inmovilizan un hombre en un dos por tres, gigantescos y hercúleos —los «policeman», como los Horse Guards, no pueden medir menos de 1 metro 80— la compasión por ellos se atenúa. Es evidente que una bala vepce al más cumplido **judo**, pero de hombre a hombre, la superioridad del policía es evidente.

No se puede juzgar a Inglaterra y a los ingleses, sin tener en cuenta todos los contrastes, los anacronismos, las contradicciones incluso de la vida inglesa. La vieja Albión, pudibunda y tradicionalista, se vé ahora contrastada por un modo de vivir absolutamente distinto de lo que era en el pasado. La familia inglesa está completamente resquebrajada, lo mismo entre el pueblo, que entre la «gentry», que entre las propias grandes familias. Los ejemplos del duque de Kent, de las princesas Alejandra y Margaret, noctámbulos empedernidos, promotores de escándalos en «Nigth Clubs», son el reflejo de una relajación general. Los hijos y las hijas de los obreros, como las hijas e hijos de los burgueses, de los funcionarios o de los aristócratas, viven todos una vida de libertinaje y de molicie. El tabaco, las bebidas, los bailes, una independencia que empieza a partir de los 16 ó 17 años y que se traduce por abandono del hogar y falta absoluta de respeto y sentimientos filiales, dan una singular impresión de Inglaterra.

Otro detalle que se vé inmediatamente, es la invasión de Londres por la gente de todos los colores: negros, indúes, amarillos. No hay interdicciones raciales, y el negro, el indú, el pakistanés o el chino, conviven libremente con el blanco. Pero hay una tendencia popular a hacer responsables de cuanto ocurre de insólito en la vida inglesa —menudos latrocinios, inseguridad personal por la noche, etc., etc.— a los jamaiqueños o a los negros de las colonias convertidos en ciudadanos del Commonwealth.

Londres es una ciudad inmensa, de una extensión enorme. Tiene más de diez millones de habitantes, y además hay kilómetros y kilómetros de barrios constituidos por las clásicas casas inglesas, todas iguales en una calle, todas formadas por un pequeño jardincito, bajos y piso. No hay más que en la City y en el ensanche inmediatos, manzanas de casas con pisos: tan pronto se aleja uno del centro, el estilo peculiar inglés domina totalmente. Y el problema de los desplazamientos en esa formidable aglomeración es pavoroso, pues ni el Metro, ni



## Estampa de los meses



# ENERO

**S**AN ANTON. Nieves y hielos abundantes. El mal tiempo tiene de brazos cruzados a la gañanía. Por las calles fangosas de la villa van los trujaleros castellanos a domicilio con la cazada — lumbre de heraj —, que se refiere al cazo colmado en que la sirven. Sartén pobre: panizo. Socomosco y mollete, agua con volado o leche, desayuno de pudientes. Hay mistela y arrope en las casas de pan y puerco, cuelgas de uva y sargas de colmas, mazos de peras de agua y olorosas manzanas del Cristo. Un zaque de vino rancio no falla, ni en la zafra aceite del año para guisar, ni en el tinajón del enracado que para el candil aprovecha. ¡Qué bien en la cocina de hogar bajo, en los banas con pieles de merino, trasnochando al amor de la lum-

bre! «Pues, señor...» Señora Ruperta la cachivana es — pelo blanco, moñete de aldabilla, a media legua las antiparras —, que cuenta mientras hila. Ha visto nacer a los señores y a los anteriores, y a los más antes. El marido, señor Eulogio — Barta, por mal nombre —, que lo propio ha visto, descabeza un sueño en tanto se hacen cuentas y la requisa casera efectúase. Y señora Zoila, otro puntal de la casa:

— ¡Oyes, Ruperta, que tengas aguante, que han bajado a contar la plata? (Los cubiertos de plata, fregados y secos, antes de alzarlos).

El puerco, puesto ya en arrobas, aguarda su hora en la fosqueta. Percibe el desespero clamoroso de otros puercos al pasarlos a cuchillo, y, de hocicos en el dornajo, refranea: «Cuando las barbas de tu vecino...»

Emeterio, con zahones, y la Hilaria, de mandil blanco, actúan de verdugos. Mi gente lo tiene todo dispuesto: el banquillo del reo, la gavilla de paja para la chamusquina, el caldero para la escaldada, el de la sangre... inocente, la mesa de la autopsia forrada de cinc, la máquina de hacer morcillas y chorizos.

Sucede en el corral, al resguardo de la teinada, ante la estupefacción de las gallinas, cuando los patriarcas del lugar inician el canto de la aurora. Me uno a los cantores — empujezan los serenos a apagar las luces — envuelto en el poncho y asisto a prima misa a fin de ganar tiempo. En la parroquia, una vieja que tiritita y un viejo que tose. Llega a los vitrales la mañana deshumorada. Aun permitiéndolo el tiempo nadie iría hoy para otri, por ser la festividad de San Antón. Engüeran las caballerías arneses majos, vistiendo de gala los caballeros. Mandolín, con sus mulas blancas — ¡vaya reata! —, dará las vueltas redor de la iglesia. Y en repulido pollino Elviro. Y don Tadeo en su caballo argel. Y en su mulo cosquilloso el saladísimo Florián Flores.

Para flores las que le echan al santo: «El cochino de San Antón», «lo que tiene a sus pies San Antón es un cochino...» Día de bodega. Llevan las domésticas el presente a las casas. Que en la mía se está de mondongo lo dice la peste que de la cocina al zaguán baja, infestándolo todo: ítem, el personal extraordinario de acá y el forastero, con tan fausto motivo venido.

Morcillas y chorizos para el año, y los de jueves lardero fuera de cuenta. Están poniendo sal y pimentón a los pernilles. ¡Todo para vivir!... ¡Pobre cerdo!

Emeterio envaina el vaquero y, cobrando los honorarios del crimen, hace mutis. Nieva copiosamente.

en autobús, ni en taxi, hay modo de circular rápidamente.

★

Los compañeros del Núcleo se desvivieron por hacerme aprovechar mi breve estancia y porque pudiese llevarme una impresión lo más completa posible de la capital inglesa. No hablo aquí del mitin celebrado en el Coral Hotel, porque en «CNT» se publicará la reseña. Charlas en familia, cambios de impresiones, cuanto es norma y costumbre en nosotros, se prodigó abundantemente. Tuve el placer de contar, como compañero de mitin, al viejo luchador laborista independiente Fenner Brockway, que tanto ha hecho por la causa del pueblo español y que tanta simpatía siente por el movimiento libertario.

Del simple contacto con el pueblo inglés me llevé un buen recuerdo: el inglés es cordial, sensible, presto a hacer un favor, propenso a la risa. Incluso — repito que gracias a la belleza de la sobrina de Suceso — vi lo que no vieron ni Ava Gardner, ni Rita Hayworth ni cuántas *vedettes* se lo propusieron: un Horse Guards, en la Torre de Londres, sonreírnos y lanzar un piropo a nuestro talismán. ¡Lo que pueden veinte años garbosos y frescos, unos labios rojos y unos ojos negros!

Federica MONTSENY



# El pensamiento vivo de Elíseo Reclús

La anarquía es la más alta expresión del orden.  
El hombre es la naturaleza tomando conciencia de sí misma.

Lo que he aprendido en la naturaleza lo debo a la colaboración del pastor y también, para decirlo todo, a la del insecto que se arrastra, a la de la mariposa y a la del pájaro cantor.

Si no hubiera pasado largas horas echado en la hierba, mirando o escuchando a los seres que viven en la naturaleza, hermanos míos, quizás no habría comprendido tan bien cuánta es la vida de esta tierra que lleva en su seno a todos los infinitamente pequeños y los transporta con nosotros por el espacio insondable.

Inmensa es la alegría de alcanzar una alta cumbre que domine un horizonte de picos, de valles y de llanuras.

Los ríos son caminos que andan.  
Al espíritu que contempla a la montaña a través de la duración de las edades, se le aparece tan flotante, tan incierta como la ola del mar levantada por la borrasca: es una onda, un vapor que cuando haya desaparecido, nos será más que un sueño.

... Y a lo lejos se extendía el gran abismo azul del océano, del cual salió la montaña, y al cual volverá más tarde o temprano.

Sin ser mineralogo ni geólogo de profesión, el viajero que sabe mirar, ve perfectamente cuál es la maravillosa diversidad de las rocas que constituyen la masa montañosa.

Como en la herencia mítica de casi todas las naciones encontramos relatos que nos cuentan el nacimiento de las montañas, de los ríos, de la tierra, del océano, de las plantas, de los minerales y hasta del hombre.

Comparada con el tamaño del globo, la montaña, por alta que parezca, es una simple arruga, menos gruesa en proporción, que una verruga en el cuerpo de un elefante: es un punto, un grano de arena.

El peatón que en el transcurso de algunas horas sube desde la base del monte hasta las peñas de la cima, hace en realidad un viaje más grande, más fecundo en contrastes, que si empleara años en dar la vuelta al mundo, a través de los mares y de las regiones bajas de los continentes.

Los que habitamos en ciudades, estamos conde-

nados a sucia atmósfera, recibimos en los pulmones aire ponzoñoso, respirado ya por otros muchos pechos; lo que más nos asombra y nos regocija, cuando recorremos las altas cimas, es la maravillosa pureza del aire.

Desde la cúspide de la montaña extiendese a nuestros pies, en la llanura, allá lejos, un espacio brumoso y sucio donde nada puede distinguir la mirada: aquello es la gran ciudad; pensamos con repugnancia en los años que hemos tenido que vivir bajo aquella nube de humo, de polvo y de alientos impuros.

Después del ocaso, la pirámide de la montaña aparece con una belleza espléndida y purísima, mientras el resto de la tierra yace en la sombra.

En lo más riguroso del estío, cuando se alza polvo ardiente de los caminos y el viajero fatigado se detiene al amparo de la sombra, es cuando parece mirar hacia las heladas cimas, que los rayos solares hacen resplandecer como placas argentinas.

Encanta ver la nieve de algunos días; gusta seguir con la mirada su variable decoración; pero para contemplar la nieve en su verdadera apariencia y comprender su trabajo como agente de la naturaleza, hay que verla en invierno, en la ruda estación del frío.

## Individualismo

La sonora afinidad de las frases no tiene nada que ver ¡quién lo duda! con su significación propia. Muchas de ellas, sin embargo, se confunden y se funden a diario entre gentes poco amigas de la meditación racional. En este caso se hallan el «individualismo» y el «personalismo». En rigor el individualismo constituye un cuerpo de doctrina completo que afecta a lo más señero de la ideología anarquista y del viejo liberalismo «rousseauiano». No sólo es doctrina, es también emoción humana. El ideal supremo y el motor del progreso material de la sociedad se resumen precisamente en la conservación de los derechos individuales y la libertad del espíritu. Ninguna escuela o tendencia de mira progresista escapa al deber de enarbolar como bandera estos ideales que animan al hombre desde que el hombre es hombre. Individualismo es sinónimo de civilismo, socialismo, anarquismo, humanismo. Hora es, pues, de decir que quie-



tante cada 230 electores, y en cambio, los obreros mandarían uno por cada ciento veinticinco mil obreros.

De más está decir, que esta Duma sí fué favorable al Zar. Pero no absolutamente favorable, porque el Zar sólo tuvo el 40 % de diputados adictos. La izquierda, fué reducida al 7 %. Pero la mayoría la siguieron teniendo los partidos favorables a una reforma política que restringiese los poderes del Zar, y que hiciera de Rusia un país estilo occidental, como eran los KDT que tenían el 23 % del total de electores, y los llamados «octubristas», partidarios que el Zar cumplierse con las promesas contenidas en el manifiesto de octubre de 1905.

Trotsky resumiendo esta revolución de 1905, ha dicho que:

«1905 fué el prólogo de las revoluciones del 17. La burguesía liberal se valió del movimiento de las masas para infundir un poco de miedo desde la oposición a la monarquía. Pero, los obreros se emanciparon de la burguesía organizándose aparte de ella y frente a ella los soviets creados por vez primera. Los liberales retrocedieron ostentosamente por la revolución en el preciso momento que se demostraba que no bastaba con hostilizar al zarismo, sino que era preciso derribarlo. La brusca ruptura de la burguesía con el pueblo, que hizo que ya entonces se desprendiese de aquella una parte considerable de la intelectualidad democrática, le permitió seleccionar las fuerzas fieles al régimen y organizar una sangrienta represión contra los obreros y campesinos. La burguesía se fortificó económicamente, y adormecida por las enseñanzas de 1905 se hizo aún más conservadora y suspicaz. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y de la clase media —que ya antes era insignificante— disminuyó más aún».

Un balance de la revolución de 1905 demostró la importancia que tenían la clase obrera y los campesinos dentro de la sociedad rusa. También la debilidad y falta de sentido revolucionario y renovador de la burguesía, la clase media y los intelectuales rusos. Al revés de la Revolución Francesa, y la americana, no demostraron tener capacidad organizadora, y de acción.

La clase obrera finalmente, y sus partidos y grupos, tuvieron en la revolución una enseñanza que van a aplicar en 1917.

1905 no solamente es prólogo a 1917 sino también una especie de ensayo general de 1917. No se explicaría la rapidez, la fulminea capacidad de destrucción que tendrán los partidos revolucionarios en el 17, sin tener en cuenta estos acontecimientos revolucionarios de 1905. Al calor de 1905, se va a forjar la ideología revolucionaria. Lo que tendrá el

la guerra, decía: «Es esta posibilidad la que quizás explique el apresuramiento del ataque nazi. Una última batalla para reducir a un pueblo cuya amenazante superioridad de posición en cuanto Estado independiente sería demasiado grande para ser disputada de aquí a una generación». En otras palabras, la expansión, las posibilidades que tiene este país por sí solo, se acrecientan a medida que pasa el tiempo.

Por otra parte, la resonancia de la revolución rusa no ha sido menos grande —aun cuando el tiempo transcurrido es muy breve— a la que en su momento tuvo la Revolución Francesa. Va a estar unida a otras revoluciones que se producen en el este y centro de Europa, y modernamente —es por demás notorio— que a ella se afilian los movimientos nacionales de países importantes —como veremos en su momento— como es la China y países asiáticos asociados a ésta y los países del Este de Europa. La llamada «Tercera Internacional», que bajo diversos nombres ha existido desde 1920 hasta nuestros días, ha hecho que esta acción de Rusia y su ideología, tenga un área de difusión que se acrecienta, si se piensa en su organización.

Es decir, entonces nada explica que estos temas serán en general tan mal conocidos, y raras veces alcancen a la cátedra, y a un examen de carácter objetivo, como corresponde.

Para comprender el sentido de los movimientos sociales rusos, es necesario recordar, en primer término la Rusia zarista. La Rusia zarista aplastó con la «Santa Alianza», el movimiento napoleónico y la Francia post-revolucionaria. En 1830 intervino en los movimientos revolucionarios de los polacos y en 1848 mandó tropas para terminar con la independencia de Hungría. Rusia se constituyó en el baluarte de todo lo que de reaccionario, retrógrado y atrasado había en el mundo europeo.

La existencia de Rusia era una especie de amenaza perpetua para la independencia y el progreso en el mundo. Esto no lo decían los enemigos de Rusia, sino los propios rusos, por ejemplo, Miguel Bakunin, el fundador del anarquismo, en una obra llamada justamente «El imperio knuto-germánico» y Pedro Kropotkin, en sus memorias, dice cosas parecidas. El gobierno ruso aplicaba en el interior un sistema que se puede llamar medieval, con la diferencia que en el medioevo no existía un gobierno autocrático como éste. El zar vivía la misma concepción que Luis XIV, o Felipe II en el siglo XVI, apelando a un vastísimo aparato policial, medidas de represión como prisiones, trabajos forzados, pena de muerte, y la famosa deportación a Siberia. En 1913 en Siberia hay 12 millones de habitantes, de los cuales un millón y medio son deportados.



Este sistema además era intolerante en materia religiosa, donde sólo se admitía la opinión oficial de la Iglesia griega ortodoxa. No había ninguna manifestación política independiente, ni prensa que no fuera censurada, ni ninguna posibilidad de sistema liberal. La explicación, en buena parte está en la especial composición de la sociedad rusa, verdadero anacronismo con relación al resto de Europa. Lo más llamativo era la enorme importancia que tenía la agricultura, pues se calcula que se le consagraba de 80 a un 95 por 100 del total de la población. Mientras que en Inglaterra, en el siglo XVIII, se había cumplido la Revolución Industrial, en Francia a comienzos del siglo XIX, en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX, en Rusia quizá va a llegar en el siglo XX, impulsada por el nuevo gobierno surgiendo de la revolución.

Con anterioridad se hicieron repetidos intentos de occidentalizar al país. Pero los mismos tuvieron una resonancia relativa alcanzando solamente las clases ricas, en su mayoría terratenientes nobles, dueños de vastas posesiones, de tierra residentes en las ciudades, especialmente Moscú, San Petersburgo, Kiev o Ekaterinoslav y Karlov. En estos centros, y a veces en las ciudades provinciales, había pequeños grupos que vivían a la europea, se educaban en el extranjero, y estaban al tanto, de un modo provinciano, de las cosas que sucedían en Occidente.

Por debajo del zar, de la Corte, de la Administración religiosa, del gobierno y de los nobles, no existía nada parecido a una clase media, tal como se conoce en Occidente. Los comerciantes, industriales, profesionales y burocratas, constituían un grupo ínfimo dentro del país, sin mayor importancia. Gran parte del comercio seguía estando — todavía al comienzo del siglo XIX — en manos de extranjeros, que explotaban los recursos del país en su beneficio.

En la masa inmensa de la sociedad campesina el hecho más notable era la servidumbre. La servidumbre llega hasta 1866, es decir: hace menos de un siglo que en Rusia dejaron de ser siervos casi la totalidad de los campesinos. Había siervos no sólo en la tierra, sino también siervos domésticos. Su liberación está unida a tres leyes fundamentales. Por esa época hay 47 millones de siervos, lo mismo que toda la población del Brasil actual. En 1858, una primera ley, firmada por Alejandro III, llamado por eso el Zar Libertador, da libertad a los siervos particulares de la familia imperial. Es completada en 1866 con la liberación de los siervos del Estado. En total los siervos de la corona imperial y los del Estado sumaban 25 millones de individuos. Los restantes, pertenecientes a los nobles, fueron liberados en 1861, y esta fecha es la que se retiene en los libros.

lara el desarrollo de los acontecimientos, sirviera de vínculo entre los obreros todos, les informara de la situación, y llegado el caso pudiera reunir en torno a él, las fuerzas obreras revolucionarias». Ese soviét de Petersburgo, que fue después integrado por delegados de fábricas, publicó la primera hoja de informaciones obreras que se llamó «Noticias», en ruso «Izvestia». El Presidente fue, Nosar y más tarde fue secretario otro socialista, León Trotsky.

Segundo hecho a retener de esta revolución de 1905 son las medidas adoptadas por el Zar en el mes de octubre. Viendo que las masas persistían en su actitud de huelga y rebelión, acordó por decreto dar algunas libertades a la población, prometió una Constitución, y convocar una «Duma». Duma viene a ser para los rusos lo que las Cortes para los españoles, los Estados Generales para los franceses, o el Parlamento para los ingleses, un organismo representativo — que lo fue exclusivamente de nobles — pero que sería en el siglo XX también integrada por otras clases.

La ley electoral para la primera Duma, indicaba que no votaban ni los peones, jornaleros y menores de 25 años, naturalmente tampoco las mujeres, soldados y marinos. Los propietarios tendrían un diputado por cada dos mil electores, mientras los campesinos — que trabajaban a las órdenes de los propietarios — tendrían un representante por cada treinta mil campesinos y los obreros tendrían un representante por cada noventa mil electores.

Se pensará que de esa manera la Cámara sería favorable al Zar, y daría cierto viso de legalidad a la dominación autocrática. Pero por el estado de subversión general del país, en el total de 204 diputados, sólo 44 son partidarios del gobierno.

Había en esa Cámara 94 social-revolucionarios, y 18 social-demócratas mencheviques (los bolcheviques declararon el boycott a la primera Duma); y 179 KDT (cadetes un partido liberal, progresista, de gentes de clase media, partidario de la reforma, y anti-zarista. El gobierno se encontró con la oposición, no sólo con el país que estaba en revolución, sino en la propia Duma. Los social-revolucionarios presentaron un proyecto para expropiar la propiedad agraria de todos los terratenientes pagándoles indemnización. El gobierno entonces convoca la segunda Duma, en la cual trata — mediante reformas en la ley electoral — de que le sea favorable. Pero, en la segunda Duma, los social-demócratas que antes eran 18, ahora son 65, los social-revolucionarios que antes eran 94, son 157, y los KDT de 179 han pasado a 98. Sigue siendo mayoría la oposición al régimen.

El 3 de junio de 1907 es disuelta la segunda Duma, y entonces se hace una tercera ley electoral para asegurar una Duma favorable. Los terratenientes mandarían un represen-



que disparara sobre la multitud indefensa. Hubo millares de muertos.

Este hecho, una derrota proletaria, fué sin embargo su triunfo más grande, porque una ola de indignación sacudió entonces toda Rusia, y mucha gente se sintió llevada a intervenir en la oposición revolucionaria. La huelga se propagó, alcanzó a nuevas ciudades, y fué realmente el estallido, de lo que se ha dado en llamar «la revolución de 1905». Esta revolución es un verdadero prólogo de la revolución de 1917 y su valor es mostrarnos los elementos en juego y las ideologías en lucha. Como revolución es un episodio confuso, porque comienza con este episodio del Pope Gapón y luego se manifiesta en movimientos violentos como, por ejemplo, una insurrección en Moscú, o episodios aislados como, la famosa rebelión del acorazado «Príncipe Potemkin». Que los marineros pudieron apoderarse de un acorazado, en un país en el cual la gente vivía en la más abyecta sumisión y servilismo, eso ya era fabuloso, y significaba un cambio en el mundo. Cuando la noticia llegó a Francia, agonizaba uno de los espíritus más finos que han producido las ideas socialistas, el geógrafo anarquista Eliseo Reclus. Cuando le trajeron, en su lecho de muerte, esta noticia, dícese que dijo: «¡Oh, al fin la Revolución!», y expiró. Esto, me parece muy típico como anécdota, que muestra que todo esto fué visto en el Occidente como el nacimiento de un nuevo mundo.

Sin embargo, como revolución técnicamente considerada, de acuerdo a la sociología de las revoluciones, es profundamente confuso y no presenta coordinación ni plan general. Hay sin embargo, episodios a destacar. El más interesante y original es el nacimiento de los «soviets», palabra rusa que quiere decir, «consejos» y que consiste en un comité de delegados de fábricas, talleres, y a menudo delegados de campesinos, soldados y marineros.

Más adelante, se va a tomar como pauta que un soviét en localidades chicas está formado por un delegado por cada 80 personas. El soviét es una especie de intento de democracia directa, porque supone que una gran masa de personas tienen actitudes de decisión. Este conjunto de delegados actúa manejando el poder, por ejemplo tiene armas, toma medidas de requisas de víveres, reparte alimentos, cobra impuestos, actúa como poder proletario en pequeña escala.

Los obreros que estaban en huelga crearon en Petersburgo un soviét. Un anarquista ruso, Volín, ha contado que esa idea surgió espontáneamente en una reunión celebrada en su casa, «en que se hallaba el socialista Nosar, y como siempre muchos obreros», para «crear un organismo obrero permanente, especie de comité, o más bien consejo que vigi-

Esta liberación de los siervos es el arranque de una transformación notable, de la cual se podría decir, sin exageración que incluso la Rusia actual es su consecuencia.

Millares de estos ex-siervos emigran a las ciudades y proporcionan mano de obra barata para las fábricas que comienzan a instalarse por entonces. Gran cantidad emigra a Siberia, donde Rusia realiza su expansión. Se calcula que solamente de 1893 a 1899, es decir, en seis años emigraron a Siberia 960.000 individuos. El fenómeno de la emigración europea a América, Rusia lo ha conocido a propósito de la emigración de los pueblos eslavos dentro de la frontera de este inmenso Estado.

Ucrania, Crimea, el Cáucaso, Turquestán y Siberia fueron originariamente para los eslavos países de colonización, lo mismo que América para los españoles e italianos, y Estados Unidos y Australia para los ingleses. Rusia aparece poseedora de un inmenso imperio colonial, que no es ultramarino, sino territorial, unido o fronterizo a los países eslavos.

Los rusos propiamente dichos forman tres grupos, los rusos blancos, los grandes rusos moscovitas y los pequeños rusos, ya mezclados a menudo con los tártaros, como son los ucranianos.

A medida que realizan su expansión, no solamente crean ciudades en la cuenca del Volga y a lo largo de Siberia, sino que también dominan países diferentes, coloniales o atraídos. Por ejemplo, Armenia, las naciones del Cáucaso, los kanatos del Turquestán, los pueblos de origen amarillo como japoneses, fineses, tártaros, kirguises, yacutos, buriatos y muchos otros que componen un verdadero mosaico de pueblos.

Todavía hoy en la Unión Soviética hay literaturas nacionales, en ciento cincuenta lenguas diferentes, aparte del ruso, a veces de pequeños pueblos, que fueron hasta no hace mucho nómadas.

La liberación de los siervos va creando la nueva Rusia porque surge una población urbana cada vez más importante y facilita la expansión de Rusia. Detrás de los ejércitos van a ir millones de campesinos que llevan la lengua rusa hasta Alaska y por el sur hasta las fronteras de Persia. Esto explica que en las ciudades el ruso sea la lengua natural de las 4/5 partes del total de la población que vive dentro de los límites de la Unión Soviética.

El tercer hecho a retener, en esta evolución que se inicia en 1861, es el comienzo de la industrialización — que no se puede decir que sea una revolución industrial — pero es el comienzo del proceso dentro de Rusia.

Las necesidades militares, o estratégicas contra Alemania, Austria y Turquía llevan a organizar las líneas de co-



municaciones. Todavía en 1914 el tercio de la carga total en Rusia era transportada por agua; pero Rusia tiene en materia de desarrollo de ferrocarriles un ritmo extraordinario. En 1901 se inaugura el transiberiano, una de las empresas más grandes del mundo, que une Moscú con Vladivostok, desde el centro de la Gran Moscovia hasta las aguas libres del Pacífico Norte, por la frontera geográfica entre la este-pa y la taiga en Siberia, y a lo largo, naturalmente, de la expansión de la migración rusa. Otros ferrocarriles importantes fueron el transcarpiano y los ferrocarriles del Cáucaso.

En este sistema ferroviario creciente, del punto de vista de las inversiones, intervienen compañías de accionistas, en su mayoría de origen inglés y francés. La «guerra de secesión» y las crisis sucesivas por esta misma época en Estados Unidos hacen que los inversionistas europeos inviertan sus capitales en Rusia. Especialmente el famoso Pereire, llamado «el Sumo Pontífice de los Ferrocarriles», interviene en la financiación de estos ferrocarriles. Pero éstos, a pesar de que se construyen con capital extranjero, para 1914 un 70 por 100 pertenecen al Estado ruso. Débese también retener que un porcentaje igualmente elevado de las fábricas son estatales.

De 1870 a 1900 Rusia — por necesidades del transporte e industria — triplica su producción de carbón, y sobrepasa a Austria, Francia y Bélgica unidas. Junto con el carbón y los transportes comienzan a desarrollarse los establecimientos industriales, y naturalmente las clases nuevas vinculadas a la industria y al comercio.

En 1875 había solamente doscientas sesenta y dos fábricas en toda Rusia con 37.000 obreros, cantidad ínfima para un país grande, en una época en que ya Estados Unidos se había industrializado. En 1900 hay 38.000 fábricas que emplean cuatro millones de obreros, a los que deben sumarse siete millones de obreros a domicilio o artesanales. La clase obrera, surgida como consecuencia de esta renovación de la segunda mitad del siglo XIX, es muy concentrada y éste es el personaje nuevo que aparece en Rusia. Esa clase nueva obrera, de origen campesino, tiene una fuerza importante, más grande incluso que la que tienen las clases medias en otros países.

¿De qué manera una sociedad de este tipo se ajusta a los propósitos, y movimientos de renovación social? Hay una polémica muy interesante que se libra hacia 1874-1875, en el círculo del socialismo, por el ruso Tkachov al que contesta nada menos que Federico Engels, a propósito de las relaciones sociales en Rusia. Tkachov era un «populista» discípulo de Miguel Bakunin, que decía: «Es cierto que no te-

las cosas se agravaron cuando en diciembre de 1904, los obreros de la fábrica de armas de Putlov, se declararon en huelga. Los obreros que vivían miserablemente, que estaban en los sindicatos del Pope Gapón lo convencieron —y él participó de la idea que le pareció magnífica— de presentar una petición al propio Zar explicándole lo que les pasaba. Vale la pena de leer la petición, para apreciar su tono.

«Señor: nosotros, trabajadores de San Petersburgo, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros padres, viejos sin recursos, venimos ¡oh Zar! para solicitarle justicia y protección. Reducidos a la mendicidad, oprimidos, aplastados bajo el peso de un trabajo extenuador, abrumados de ultrajes, no somos considerados como seres humanos sino tratados como esclavos que deben sufrir en silencio su triste condición, que pacientemente hemos soportado. He aquí que ahora se nos precipita al abismo de la arbitrariedad y de la ignorancia, se nos asfixia bajo el peso del despotismo, y de un tratamiento contrario a toda ley humana. Nuestras fuerzas se agotan ¡oh Zar!, mas vale la muerte que la prolongación de nuestros intolerables sufrimientos. Por eso hemos abandonado el trabajo, y no lo reanudaremos hasta que no se hayan aceptado nuestras justas demandas que se reducen a bien poco, pero que sin ello nuestra vida sería un infierno de eterna tortura».

«Pero si tú no nos das tu promesa, si tú no aceptas nuestra petición estamos decididos a morir en esta plaza frente a tu palacio, pues no tenemos donde ir, ni razón alguna para volvernos. Para nosotros no hay más que dos caminos: el uno conduce a la libertad y a la dicha, el otro a la tumba. Indicanos uno de ellos ¡oh Zar! y le seguiremos aunque nos lleve a la muerte. Que nuestras vidas sean en holocausto por la Rusia agonizante no lamentaremos el sacrificio que con alegría ofrecemos».

Terminan haciendo una serie de peticiones por jornada de trabajo, salario normal, abolición de ciertos impuestos, protección por las leyes del trabajo, etc.

La propaganda se hizo de una manera típica de la época. En los pocos locales que había entonces, los miles de obreros iban entrando por turno, se les leía la petición, si estaban de acuerdo la firmaban, salían y entraba otro turno para escuchar de nuevo la petición leída por otro individuo. El domingo 9 de enero de 1905, 140 mil obreros marcharon por las avenidas de Petersburgo a entregar, en la mano al Zar la petición. Al frente iba Gapón con una gran cruz, los Popes que acompañaban este movimiento, y gentes que veían con simpatía el movimiento. Los obreros con sus mujeres, chicos y ancianos. El Zar, cuando esa manifestación se enfrentó al palacio, ordenó a la tropa



Por último habría que citar a los grupos sindicalistas y anarquistas que son de escasa monta. Los sindicatos, en estos años anteriores a la revolución de 1905, tienen poca importancia, son ilegales, el derecho de huelga no está reconocido y no pesan mayormente dentro del país, ni cuentan con una prensa para manifestarse.

La manera como actúan todos estos grupos, es la propia de las asociaciones clandestinas. Editan sus periódicos en el exterior, los envían subrepticamente al país, y tratan de obtener adeptos por su propaganda personal, utilizando cualquier incidente favorable.

En esta situación se produce la guerra ruso-japonesa, por la posesión de Manchuria, que trae un verdadero desastre para Rusia. Aunque ésta envía a través del transiberiano grandes masas de campesinos a luchar en Manchuria, estos ejércitos son derrotados, y se verá un Estado europeo —incluso un gran Estado— humillado por una potencia oriental. Esa derrota socavará el prestigio de Rusia, y hasta si se quiere el de los blancos. Es un hecho a que tendremos que volver para mostrar cómo en Asia se va creando una conciencia anticolonial. Como siempre sucede con las grandes derrotas militares, repercute interiormente dentro de Rusia, y tiene consecuencias en la revolución de 1905.

Poco antes, la policía rusa había recurrido a los recursos más ingeniosos para poder detener la revolución que se veía en, el pueblo, en los jóvenes y las gentes ilustradas. Había conseguido infiltrar sus elementos dentro de las filas de los propios revolucionarios. Uno de los episodios más famosos fué que el jefe de policía secreta, al mismo tiempo era jefe de los terroristas anti-zaristas de la oposición. Durante años, de 1903 en adelante, un tal Azef logró ese record. Este famoso episodio creo que es el que dió base a un libro de Chesterton «El hombre que fué jueves». En esa idea de infiltrar, lo que se llama técnicamente «provocadores» dentro del seno de los revolucionarios, se les ocurrió de que dado que era incontestable la tendencia de los obreros a organizarse y recibir las nuevas ideas, ocuparse la misma policía de organizar a los obreros frente al zarismo. Pensando ya que eso era inevitable por lo menos lo ideal era manejarlo ellos. Para eso utilizaron dos sacerdotes de la religión griega-ortodoxa, Zubatof en Moscú y Gapón en Petersburgo. Estos popes eran de origen obrero, tenían sentido de la caridad; pero fervientes anti-revolucionarios estaban al servicio de la policía. Zubatof fué pronto desmenzado, pero Gapón en Petersburgo consiguió formar gran cantidad de sindicatos pacíficos y religiosos. En sus manos se fué creando un instrumento poderoso en que intervenían prácticamente todos los obreros de Petersburgo, y especialmente

nemos proletariado urbana (en el sentido de tener un gran proletariado) pero como compensación tampoco tenemos burguesía. Nuestros obreros tendrán únicamente que luchar contra el poder político», el zarismo. «Aquí el poder del capital todavía está en embrión. Y usted, estimado señor, sabe que la lucha contra el primero es mucho más fácil que contra el segundo. Nuestro pueblo, en su inmensa mayoría está peneirado de los principios de la posesión en común. Nuestro pueblo — si puede uno expresarse así — es comunista por instinto, por tradición. La idea de la propiedad colectiva ha arraigado tan profundamente en la concepción que el pueblo ruso tiene del mundo, que ahora, cuando el gobierno empieza a comprender que esta idea es incompatible con los principios de la sociedad bien organizada, y en nombre de esos principios trata de inculcar la idea de la propiedad privada en la conciencia y en la vida del pueblo. Y únicamente puede lograrlo mediante las bayonetas y el knut. De aquí se desprende con toda claridad, que nuestro pueblo, pese a su ignorancia, está más cerca del socialismo que los pueblos de la Europa occidental aunque éstos sean más cultos».

Su tesis entonces era de que, a pesar de esa situación de atraso político y cultural, las condiciones sociales de Rusia eran favorables al triunfo de un movimiento de carácter socialista.

Engels se manifiesta por la tesis negativa y manifiesta que «en Rusia se avecina una revolución», que «es indudable que Rusia se encuentra en vísperas de una revolución», y finalmente que «acá se dan todas las condiciones para una revolución, y esta revolución la iniciarán las clases superiores de la capital, incluso quizás el propio gobierno, que los campesinos la desarrollarán sacándola del marco de su primera fase, de la fase constitucional. Esta revolución tendrá gran importancia para toda Europa, aunque sólo sea porque destruirá de un solo golpe la última y aun intacta reserva de la reacción europea. Es indudable que esa revolución se acerca. Sólo dos acontecimientos pueden aplazarla para largo: o una guerra afortunada contra Turquía o contra Austria — para lo que se necesita dinero y aliados seguros — o bien una tentativa prematura de insurrección que lleve de nuevo a las clases poseedoras a arrojarle en brazos del gobierno». Engels escribe en 1874, todavía bajo la conmoción de la liberación de los siervos, y da ya por descontada la revolución burguesa en Rusia. En cambio Tkachov cree que será una revolución socialista. Las razones en que se apoya son interesantes. Las dos principales — aparte de que «la burguesía no cuenta y por lo tanto el proletariado solo se enfrentará al Estado», son el desarrollo de



dos instituciones típicas de Rusia: el *artel* y el *mir*. El *artel* es una forma cooperativa de obreros para ciertas tareas; que a veces actúa como una cooperativa permanente, especie de taller en que los dueños son sus propios obreros.

El «*mir*» es una institución de carácter rural campesino, una especie de lo que llamaríamos «comuna agraria», y en ese sentido tiene que ver con las viejas comunas tal como en España existieron durante la Edad Media, el *ayllu* incaico. En el «*mir*» sin embargo, aunque la tierra es de la propiedad común, se trabaja a menudo de una forma individual.

Naturalmente, si el *Artel* como el *Mir* habían subsistido bajo el zarismo, y todavía en 1874 tenían tanta fuerza, uno comprende que ciertos revolucionarios como Tkachov, hayan pensado que eran el germen de una reestructuración de la sociedad rusa sobre una base de tipo socialista.

Engels no niega expresamente que puedan servir para eso. «No se puede negar la posibilidad de elevar esta forma social a otra superior, si se conserva hasta que las condiciones maduren para ello, y si es capaz de desarrollarse de modo que los campesinos no laboren la tierra por separado sino colectivamente, entonces, este paso a una forma superior se realizaría sin que los campesinos rusos pasasen por la faz intermedia de la propiedad burguesa sobre sus parcelas. Pero ello únicamente podrá ocurrir (esto es muy importante) si en la Europa occidental estallase, antes que esta propiedad comunal se descompusiera por entero, una revolución proletaria victoriosa que ofreciese al campesino ruso las condiciones necesarias para este paso, y concretamente los medios materiales que necesitaría para realizar en toda su sistema de agricultura la revolución a ello vinculada». Es decir, que aquí insiste con la idea de que no puede haber una revolución en Rusia, y que ello tiene que venir de occidente. Los campesinos rusos podrán ser aliados de esa revolución siempre, incluso, que conserven hasta esa fecha su sistema, que a él le parece llamado a perder.

Para terminar con la sociedad rusa, digamos que la polémica reveladora de la ansiedad y curiosidad con que no solamente los rusos, sino la gente del occidente, veían en Rusia y cómo se reflexionaba sobre las posibilidades de que allí pudiese haber un movimiento social. Esa misma transformación que hemos venido señalando, en 1874 no se veía tan clara. Mientras en 1905, por ejemplo, cuando la concentración de las fábricas, la cantidad de obreros, el desarrollo de los transportes, los conflictos interiores y las contradicciones del gobierno imperial ruso habían agravado la crisis de la sociedad rusa, y la habían hecho más permeable a las

a actuar revolucionariamente instaurando una sociedad socialista.

La mayoría del partido social-demócrata ruso se pronuncia decididamente por la interpretación revolucionaria.

Otros asuntos en que divergen los bolcheviques y mencheviques son, por ejemplo, el tema de la tierra, en el que los primeros sostienen la expropiación absoluta sin indemnización y los mencheviques sostienen la necesidad de la municipalización de la tierra.

En la manera de organizar el partido los mencheviques tratan de actuar de un modo legal, y entienden que no es necesario que todos los afiliados sean militantes. En cambio, los bolcheviques sostienen, por primera vez, la idea que el partido debe estar organizado sobre la base exclusiva de los militantes y que éstos sean —como dicen los rusos— «revolucionarios profesionales», recibiendo un sueldo, para ocuparse exclusivamente de las tareas de agitación y propaganda.

Bajo la querrela ideológica, hay divergencia de actitudes, modos de ser y temperamentos, que corresponden a la oposición psicológica entre el tipo revolucionario y el reformista.

Aparte de los social-demócratas hay un partido muy importante que es el de los social-revolucionarios, partido de tipo agrario.

A los bolcheviques les reprocharon que se ocuparan casi exclusivamente de los obreros. La verdad es que Plejanov había dicho «que fuera de la burguesía y del proletariado no vemos otras fuerzas sociales en las que puedan apoyarse en nuestro país, las combinaciones opositoristas revolucionarias». El propio Lenin —aunque criticó a Plejanov en este asunto— decía por 1888: «Nuestra labor ante todo y sobre todo, va dirigida hacia los obreros de las fábricas, de la ciudad. La social-democracia rusa no debe desperdiciar sus fuerzas, debe concentrarse en el proletariado industrial, que es el más susceptible de asimilar las ideas social-democráticas, el más desarrollado intelectual y políticamente, el más importante por su número, y por su concentración en los grandes centros políticos del país. No es práctico enviar agitadores a los obreros a domicilio y obreros agrícolas, mientras queda tal cantidad de trabajo entre los obreros fabriles de la ciudad».

Los social-revolucionarios trataban de darle un sentido revolucionario a las viejas instituciones agrarias como el *Mir* y el *Artel*.

Además admitían el atentado individual y fueron los que hicieron el atentado contra Alejandro III y grandes dignatarios del ejército, la policía y la nobleza, durante los años siguientes.



Los mencheviques sostienen que es necesario cumplir una serie de etapas previas que hagan pasar al pueblo ruso por la democracia burguesa tal como se conoce entonces en occidente.

Hay un fragmento de Lenin, en su obra «Dos tácticas de la socialdemocracia» escrita en 1905, ya sobre los hechos de la revolución, pero típico del sentido que tiene esta polémica:

«Las revoluciones son las locomotoras de la historia» — decía Marx—. «Las revoluciones son las fiestas de los oprimidos y explotados. Nunca la masa del pueblo es capaz de obrar como creador tan activo de los regímenes sociales, como durante las revoluciones. En tales periodos el pueblo es capaz de hacer milagros — desde el punto de vista de la vara esbelta y pequeño burguesa del progreso gradual — pero es necesario también que los dirigentes de los partidos revolucionarios planteen sus tareas de un modo más amplio y audaz en tales periodos, que su consigna se adelante siempre a la iniciativa revolucionaria de las masas, sirviendo de faro de las mismas, mostrando en toda su grandeza y en toda su magnificencia nuestro ideal democrático y socialista. Indicando el camino más corto y más directo hacia la victoria completa, incondicional y decisiva».

«Que los oportunistas de la burguesía piensen cobardemente en la reacción futura, porque a los obreros no los asusta la idea de que la reacción se dispone a ser terrible, ni de que la burguesía se dispone a volver la espalda. Los obreros no esperan componendas, no solicitan dádivas, aspiran a aplastar implacablemente las fuerzas reaccionarias, es decir, a instaurar la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos».

Estos años son dentro del movimiento socialista —y esto es muy importante tenerlo en cuenta— los de la lucha entre la tendencia reformista, reflejada en Alemania por Bernstein y Vollmar y practicada en Francia por Millerand (que entra en un gabinete burgués); frente a la tendencia revolucionaria tradicional que la mantenían entre otros, el propio Engels, fallecido en el 95. La socialdemocracia, en general, estaba dividida entre la idea —para decirlo con las palabras de Lenin— «de ser un partido de la revolución socialista, o un partido de las reformas sociales». Un partido de las reformas sociales vale decir tanto como un partido parlamentario, que por la vía pacífica de la reforma gradual, trata de conseguir la conversión o la modificación de la sociedad, y un partido de la revolución social significaba retomar aquella idea de que «las revoluciones son las locomotoras de la historia», y por lo tanto llevan al proletariado organizado

nuevas ideas y a la propaganda de los grupos que componían la oposición al gobierno imperial.

A lo largo del siglo XIX la autocracia, la ortodoxia y el absolutismo del imperio de los zares, contó de parte de los mismos rusos con una oposición constante y a menudo heroica. Aprincipios del siglo XIX oficiales de la guerra contra Napoleón adoptaron, en su contacto con Europa las Nuevas Ideas, y volvieron con el propósito de actuar en forma clandestina frente al poder autocrático.

Este movimiento en 1825 adquiere cuerpo con los llamados «deceembristas» o «decabristas». En el mes de diciembre — de ahí el nombre — de 1825 y en ocasión de fallecer el zar Alejandro II, algunos de esos oficiales hicieron salir las tropas a la calle en Moscú y Kiev. Esos «pronunciamentos» de tropas fueron liquidados, y la mayor parte de los conjurados ultimados a la horca por el nuevo zar Nicolás I. Entre los que se salvaron de la horca, pero que no por eso dejaron de participar en esas ideas, había hombres tan ilustres como Púshkin — el gran poeta romántico — y entre los ajusticiados, individuos de talento como el coronel Pestel jefe del movimiento.

De 1825 a 1855 se extiende en Rusia una de las épocas de reacción más señalada, aún dentro de la reacción rusa, que corresponde al gobierno del zar Nicolás I. Y en este periodo surgen, en razón misma de esa tremenda autocracia y absolutismo, algunas de las manifestaciones características del espíritu ruso, como por ejemplo, el «nihilismo» y terrorismo. El «nihilismo», citado por primera vez en una novela de Turgueniev, «Padres e hijos», en que uno de los personajes manifiesta que «nada le importa», «nihil», es la palabra latina, es decir, el culto de la nada.

Fué sostenido, como doctrina filosófico-política por autores rusos de esta época, de los cuales el más importante es Pisaref, y se podría resumir como una doctrina individualista, materialista y atea. La oposición al régimen zarista, religioso, autocrático y servil, ha llegado a la más extrema manifestación opuesta.

En esta época Rusia comienza a manifestarse poderosamente en el campo de la creación en autores de la talla de Dostoievsky, Herzen — el famoso publicista ruso que en el occidente durante muchos años mantuvo una intensa propaganda contra el régimen — Bakunin, creador de la ideología política conocida con el nombre de anarquismo.

No es extraño también que, en este ambiente de represión haya prosperado el concepto del atentado individual, responder al terror practicado desde las alturas por el gobierno con la venganza del pueblo. Esta idea de terror, y atentado individual, tuvo un teorizador, Neschaief, con su



«Catecismo Revolucionario» en la época de la Primera Internacional.

Llegó un momento, sin embargo, en que el clima de Rusia obliga a las reformas. Un nuevo zar, Alejandro III, promulgará las leyes de liberación de los siervos, que no resuelve, por cierto, los problemas, ni contenta a la oposición revolucionaria, que se manifiesta, especialmente en el ambiente estudiantil, y que es la obra de las nuevas generaciones. Muy a menudo son pequeños grupos que vivían en las ciudades de Suiza, Francia e Inglaterra, y entre los cuales, en este tiempo aparecen autores de calidad, como el *de-chewsky*, llamado por los rusos «el padre de la cultura demócrata» — y por cierto poco conocido en occidente — *Chernomóritico ruso*».

En este ambiente generoso en idealismo y heroísmo, surge la idea de la necesidad de «ir al pueblo» y despertar a los campesinos de la miseria y opresión en que viven.

Esta «ida al pueblo» da nombre a un movimiento, el «populismo», que se manifiesta en la década del setenta. En 1874 tiene sus primeras entidades, y en 1876 se crea una organización llamada «Tierra y Libertad», con la doble idea de obtener el fin de la dominación política y la reforma agraria.

Ideólogos de este movimiento socialista son autores como Lavrov, Bakunin y Tkachov. Los «populistas» también crean colonias utópicas, que viven de acuerdo a las nuevas ideas socialistas.

En 1879 se crea una institución popular llamada «el reparto negro», que corresponde a la necesidad de tierras de la masa campesina. Necesidad que no podía, por cierto, resolver el gobierno, ya que el zar y los miembros de la nobleza eran los poseedores de la mayor parte de la tierra arable.

Una fracción del sector «populista», viendo que la situación no cambia, y que esa ida al pueblo no es eficaz, pues la liberación de los campesinos ha hecho creer a los antiguos siervos que el zar sigue siendo un «padrecoito», deciden llegar al atentado contra el propio zar. El grupo «Voluntad del pueblo», después de varios intentos, el 1 de marzo de 1881, mata a Alejandro III. Este atentado, y otros que siguen, no consiguieron despertar al pueblo y surgieron sistemas que prolongaron la dominación bajo otros nombres y dirigentes.

Entre tanto, el marxismo se va desarrollando, arraigando también en Rusia, lo mismo que el anarquismo y el socialismo seguidos de la Primera Internacional. Ya en 1870 Marx representa en la Primera Internacional a un grupo de estudiantes rusos que participan de sus ideas. En ese

mismo año se produce la primera huelga en Rusia. Pero recién en 1883, Plejanov, el forjador de la social-democracia en Rusia, organiza el primer grupo marxista ruso llamado «Emancipación del Trabajo».

Desde esa fecha hasta 1894, en que Lenin funda la «Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera», de Petersburgo, hay una serie de intentos que arraigan el marxismo como doctrina de la oposición rusa, en grupos de escasa cuantía, en su mayor parte de intelectuales de la clase media y estudiantes universitarios.

Es también, a fines del siglo XIX, el florecimiento del pensamiento ruso. Las cosas de Rusia, su pensamiento, comienzan a llamar poderosamente la atención del occidente.

Es el tiempo, aparte de Chernichesky, de Turgueniev y Dostoievsky — que ya citamos —, de Goncharov, Chejov, del conde Tolstoi, músicos como Tchaikowsky o Musorsky; científicos como Timarozzev el biólogo, Mendeliev el químico, y finalmente del primero de los escritores proletarios, Máximo Gorki. Esta intelectualidad, es mancomunada en la oposición al régimen. Las medidas represivas del gobierno, desde las condenas a Siberia y los trabajos forzados al patíbulo, no consiguen detener el esfuerzo creciente de las masas opositoras al zarismo.

Por 1870 nacen dos de los revolucionarios más famosos del marxismo: el hijo de un maestro, Ulianof, Vladímir Ilich, que será famoso con el seudónimo de Lenin, y León Davidovitch, alias Trotsky. Nueve años más tarde, nace José Dzhughashili en Georgia, conocido bajo el nombre de Stalin. Estos personajes y otros que andando el tiempo serán famosos dirigentes de un inmenso país, son conocidos en pequeños círculos de estudiantes revolucionarios y dirigentes obreros que tienen relativa influencia sobre la opinión pública del país.

En 1898 se hace en la ciudad de Minsk un intento de organización, proclamando la fundación del «Partido Obrero Social-demócrata ruso», afiliado a la Segunda Internacional, dentro del cual marcan dos tácticas diferentes, sobre la acción socialista frente a la realidad rusa. Por una parte, hay una tendencia — en que originalmente Plejanov, y que tiene en Lenin su exponente más ferviente, que será mayoría dentro de este partido. Los mayoritarios, en ruso «bolcheviques», van a sostener — por oposición a los «mencheviques» o minoritarios — cierta interpretación sobre cual debe ser la tarea del partido social-demócrata ruso. Opinan, que es posible pasar del estado feudal, absolutismo, que hay entonces en Rusia, al socialismo, o para usar palabras de Lenin «una dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos».



Es necesario que en invierno el hombre y los demás habitantes de las montañas salgan alguna vez de su albergue y turben el gran reposo de la naturaleza; únicamente la marmota, oculta en su agujero, bajo el espesor de la nieve, puede dormir durante los largos meses de invierno, en su estado de muerte aparente, y esperar que la primavera devuelva la libertad a los arroyos, a la hierba y a las flores.

Al venir la primavera, los árboles del bosque, libres de entumecimiento, empiezan su tocado primaveral: ayudados por los pajarillos que vuelan de rama en rama, sacuden la carga de escarcha y nieve que les pesaba y bañan en libertad sus retoños en la tibie atmósfera.

En cada barranco, en cada depresión del suelo, se verifica el trabajo oculto del deshielo, y el torrente del valle, alimentado por tanto riachuelo que baja de las alturas, reanuda su carrera, interrumpida por el frío invernal.

Atraída por la tibieza del aire, acércase revoloteando la mariposa, mientras la planta, caída con la tierra desmoronada desde lo alto de la roca vecina, aprovecha el corto reposo de vida para arraigar otra vez y enseñar al sol su última corola...

Con sus nieves y con sus hielos derretidos, que sirven para aumentar el caudal de torrentes y ríos en verano, conserva la montaña la vegetación hasta enormes distancias de su base, pero se queda con humedad bastante para alimentar a su propia flora de bosques, céspedes y musgos, muy superior por el número de especies, a la flora de igual extensión en la llanura.

## y personalismo

nes apasionadamente, irreflexivamente, menosprecian el valor de la individualidad tan bien cantada por Alaiz, Stirner, Ibsen, Pi y Margall o Lincoln, hacen el caldo gordo a las concepciones de tipo autoritario y retrógrado.

El personalismo, por el contrario, se refiere al carácter e inclinaciones de cada uno y en cuyo fondo se hallan los posos nauseabundos de las debilidades y las apetencias. Quien está muy pagado de sí mismo, quien mira al botón de su ombligo como si fuera el centro del Universo, quien desprecia, se envalentona, agrede, calumnia, envidia y ultraja es un personalista de cuerpo entero. Por eso los dictadores y los cretinos se sienten inclinados a perseguir, sin tregua, a los hombres y a los valores representativos de la filosofía que exalta y al INDIVIDUALISMO, como principio y fin de la civilización humana.

LIZCANO

En la primavera, cuando todo renace, da gusto ver el verdor de las hierbas y del follaje sobreponerse a la blancura de las nieves.

Multitud de flores esmaltan la pradera; véñese aquí únicamente ranúnculos, anémonas o primulas que brotan formando ramilletes; más allá desaparece el verde bajo la blancura nivea del gracioso y poético narciso, o el vivo color del azafrán, que es flor desde la raíz hasta la corola.

Cerca de las corrientes de agua abre su delicada flor la parnasia y en otras partes florecillas blancas y azules, rojas y amarillas, se multiplican y forman tales multitudes, que dan su color a toda la ladera vegetal, y desde las vertientes opuestas se puede conocer qué especie de flor predomina en la pradera, a medida que la nieve retrocede hacia las alturas, ante el empuje de la florida verdura.

De la fiesta primaveral toman parte los árboles: abajo, en las primeras pendientes, los frutales, después de haberse librado de la nieve invernal, se cubren con la blancura nivea de las flores; más arriba, castaños, hayas y diversos arbustos, se cubren de hojas de verde claro; de un día a otro, parece que la naturaleza se ha revestido con un tejido de terciopelo y seda.

Hasta las rocas sombrías que durante el invierno parecían negras por su contraste con las nieves, adornan sus fragosidades con matas verdes, participando también de la primaveral alegría.

Deslumbra la vista el brillo que despiden las anchas extensiones de hierba salpicada con las estrellas de color sonrosado subido del sileno, con los azules manojos de miosotis, con las anchas flores del áster, cuyo corazón es de oro puro.

Las plantas, en su prisa por vivir y gozar, adquieren en primavera su mayor hermosura: adórnense con más vivos colores, porque la estación de la ventura será corta; cuando haya desaparecido el verano, la muerte las sorprenderá.

La belleza de los bosques que aún quedan en la falda de la montaña hace que echemos de menos, con mayor pena, los que nos han robado violentos especuladores.

Y cuando los pueblos de las vertientes se odian, a veces un pastor, mejor que todos los de su raza, entona bajito algunas palabras de cándido afecto, mirando por encima de la montaña, pues su corazón considera como patria ambas vertientes hostiles; por eso un antiguo canto de nuestros Pirineos cuenta este triunfo de un sentimiento dulce sobre las tradiciones de los odios nacionales:

¡Baicha bous montagnos! ¡Planos, havussa bous!  
¡Daqué pousqui bedé soun son mas amous!

¡Bajáos, montañas! ¡Alzáos, llanuras!  
¡Y que yo pueda ver dónde están mis amores!

Selección de V. Muñoz



# Breve excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo

por Cano RUIZ

## III NUESTRA ERA

Haciendo abstracción de la rebelión de Espartaco, la propia aparición del cristianismo, con sus exacerbadas manifestaciones de ayuda mutua y hasta de sacrificio, con su leyenda, además, de Lucifer, ese ángel rebelde que desconoce el poder absoluto de dios y por quien tantas simpatías sintió Bakunin. Y la leyenda del pecado original, representando al hombre y a la mujer prefiriendo probar el manjar del árbol de la sabiduría, con la muerte, el disfrute de la inmortalidad, con la ignorancia, y todo el transcurrir de la historia, saturado de manifestaciones de esta índole, como inmenso archipiélago de humanismo liberal en el negro océano del autoritarismo ególatra que es la historia misma, demuestra que el sentimiento de igualdad y ayuda mutua es inherente a la naturaleza humana y se ha manifestado en todos los periodos de la historia como acicate de la evolución y valladar opuesto tenaz y permanentemente a los ejercicios de la desigualdad y la lucha entre sí, que son las manifestaciones características del poder. Entonces, las raíces históricas del anarquismo como máxima expresión de esos sentimientos de igualdad y apoyo mutuo se pierden en el infinito campo de la historia misma.

Durante los primeros siglos de nuestra era, ese pensamiento cuyo hilo pretendemos mantener tenso desde las primeras manifestaciones del pensamiento humano, concerniente a la igualdad y la ayuda mutua, permanece activo en el cristianismo, que se va adueñando de la vida social. A este respecto, H. Hamón continúa diciendo: «Como Jesús, son comunistas, y durante los primeros siglos, en pequeños grupos de pequeñas iglesias, donde todos son hermanos, donde todo es común, los cristianos critican ricos y riquezas y predicán la comunidad de bienes. Así proceden Tertuliano, Lactancio, San Clemente (siglo III), San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio de Niza, San Ambrosio (siglo IV), etc. Respecto al carácter de la propiedad privada su doctrina es absolutamente uniforme. Para todos «la opulencia es siempre, según ha expresado San Jerónimo, producto del robo (San Jerónimo se adelantó a Proudhon); si no ha sido cometido por los actuales propietarios, lo ha sido, indudablemente, por sus antecesores...»

Luego, en el siglo IV aparecen las doctrinas de Manes, que fué desollado vivo, y que unos siglos después tuvo gran importancia en el sudoeste de Francia. La doctrina de Manes postulaba que nadie tiene derecho a ser propietario de un campo, de una casa, de dinero. Según esas doctrinas, la igualdad y la libertad son las primeras necesidades del hombre.

No es posible detenernos en el reducido campo de esta charla en todas las manifestaciones que se dieron en los primeros siglos de nuestra era enalteciendo lo huma-

no de estas ideas base que venimos exaltando. Tenemos forzosamente que pasar rápidamente por sobre esos siglos para reseñar, aunque también velozmente, las actitudes y los pensamientos que ya pueden considerarse como verdaderos padres del anarquismo moderno.

En el siglo doce, Pedro Valdo predica la pobreza, la igualdad y la fraternidad. Sus discípulos quieren una sociedad sin curas, sin magistrados, sin amos, sin ricos; quieren, en una palabra, una sociedad anárquica.

En el siglo trece aparece en Flandes el poeta Vanmaerlant, quien celebra en hermosos versos las excelencias de la igualdad y la ayuda mutua e instiga a la rebelión contra los privilegios y las injusticias sociales. En el norte de Italia surge Gerar de Segarelli, propagando lo mismo, por lo que es quemado vivo, sucediéndole otro jefe de rebeldes, Dolcino, que logra llevar a respetables guerrillas armadas a vencer a las tropas del episcopado. Por la misma época aproximadamente aparecen Juan Wicleff, profesor de la ya célebre universidad de Oxford, predicando la igualdad y la ayuda mutua, seguido de sus discípulos John Ball, Wat Tyler y Jack Straw, que después de algunas revueltas son muertos y dominados los movimientos.

En el siglo quince comienzan a surgir las famosas utopías, en las que se exponen los mismos ideales como expresión de una vida feliz. Francisco Doni y Giovanni Bonifacio, en Italia; Tomás Moro, en Inglaterra, con su célebre «Utopía»; Rabelais, en Francia, con su maravillosa *Abadía de Teleme*, su «Pantagruel»...

Hacia 1600 aparece «Civitas Solis» (La Ciudad del Sol), del monje Campanella; «Les savorantes», de Vaitrasse; «Macaria», de Hartkib, etc., que en esencia propugnan todas por la igualdad y la vida armónica en común, que es la mejor manifestación de la ayuda mutua.

Por la misma época aparece «Don Quijote de la Mancha», del que no podemos sustraernos a la tentación de copiar el célebre discurso a los cabreros, en el que, como veremos, hay un bellissimo esbozo de la sociedad ideal, anárquica. Descripción muy parecida a la que hace Pedro Gori en su hermoso drama «Primero de Mayo», escrito unos siglos después. Dice Don Quijote: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquélla venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mio». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarlo de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas le



ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia y aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiera hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquéllos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra, entretejidas, con lo que quizás iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad, y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no están segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creiendo más la malicia se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quienes agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad de mí posible, os agradezca la vuestra.»

Un caso especial, digno de dedicarle unos minutos, es el del cura Meslier. Pasada una vida de privaciones y de miserias morales, este cura ateo, iba escribiendo en un diario sus ideas acerca de lo que él consideraba que debiera ser la vida. En un testamento que dejó al morir y que sólo se conoció parcialmente algunos años después de su muerte, Meslier dice que todos los males que aquejan a la humanidad tienen su origen en la desigualdad, que descansa sobre la propiedad y la religión, por lo

que urge destruir una y otra. Según Meslier escribió hacia 1730, todos los bienes deben ser poseídos en común y los hombres deben considerarse iguales en todos los órdenes de la vida y tratarse como hermanos. Al referirse a él M. Lichtemberger dice que es un puente entre John Ball y Bakunin.

Ya acercándose a la Revolución Francesa, es materialmente imposible substanciar en lo limitado de esta charla todo el florecimiento de ideas de igualdad y ayuda mutua que se manifiestan en Montesquieu, Rousseau, Mably, Mercier, Retif de la Bretonne, Don Deschamps, quien, más que ninguno, se acerca al comunismo anárquico tal y como lo concebimos hoy. La propia Gran Revolución, como la llama Kropotkin, tiene como lema las expresiones de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, que encierran, en su esencia, todo ese ideal de humana justicia a que nos hemos venido refiriendo y que es la esencia misma del anarquismo.

Aunque sea en detrimento de la amenidad de esta plática, no tenemos más remedio que señalar, aunque sea con rapidez supersónica, como se dice hoy, cómo el pensamiento llamado moderno ha venido acercándose cada vez más hacia el anarquismo, porque realmente el pensamiento de Bovio referente a que «anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia» es una realidad bien fehaciente.

Aun con el dolor de haber de pasar sobre la influencia que hubo de tener el pensamiento de nuestros días, y en el anarquismo como consecuencia, todo el pensamiento árabe, enlazado después a toda esa pléyade de investigadores de la naturaleza, como Bacon, Pomponace, N. d'Autrecourt, Melanchton, Copérnico, Giordano Bruno, Gassendi, etc., no podemos resistir el deseo de mencionar al pensador árabe Ismael el Roaini; de quien Emile Brehier, en su «Historia de la Filosofía» dice «El pensador más radical fué Ismael el Roaini, acompañado de una hija suya llamada la *teóloga*, quien ponía en duda el origen divino del Universo, afirmando la eternidad de éste, defendía que cualquier musulmán tenía los mismos derechos que otro, propiciaba el amor libre y proclamaba la ilicitud de la propiedad». Saltando, pues, sobre el pensamiento árabe, si nos fijamos un tanto en ese numeroso grupo de pensadores e investigadores de la naturaleza mencionados anteriormente, nos apercebiremos que, de eslabón en eslabón, ellos dieron forma a un conglomerado complejo y ordenado de conceptos que William Godwin reunió en esa síntesis de lo verdaderamente esencial del pensamiento humano de todas las épocas que conocemos con el título de «Investigación acerca de la justicia política». Libro que puede considerarse como la primera y más grande obra realizada hasta hoy por el pensamiento ya doctrinariamente anárquico. Y en ese conglomerado de ideas derivadas de los propios conocimientos que la ciencia adquiría en ese desarrollo fantástico acaecido en el transcurso de dos siglos, ya se fueron señalando de manera concisa y casi definitivamente elaborada lo que son hoy los principales postulados del anarquismo. En todo ese período se demostró de manera tan categórica como jamás se había hecho antes que es un error o un engaño el origen divino de la naturaleza, del hombre y de sus desigualdades sociales, lo que habría de llevar lógicamente a la concepción del anarquismo moderno ya como cuerpo de doctrina y filosofía con principios y postulados propios.

Y ese trabajo, magistralmente hecho, hubo de realizarlo un hombre al que la historia casi desconoce y que



también es poco conocido incluso en el movimiento anarquista. En su obra gigante, analizando, hasta disecarla, la sociedad actual y profundizando como muy pocos en la naturaleza humana y la naturaleza de las cosas, llega al reconocimiento, de una manera clara, diafanísima, de que la causa de los males sociales no radica en la forma que adopte el Estado, sino en el Estado mismo. Y así como el Estado hace una caricatura indigna de la verdadera sociedad, también hace de los seres que están bajo su control una caricatura de sí mismos, obligándoles a reprimir en todo momento sus naturales inclinaciones y sus íntimos impulsos. La idea de Godwin de una sociedad sin estado suponía, a su vez, la propiedad social de toda la riqueza natural y social y el desenvolvimiento de la vida económica por la libre cooperación de los productores. En su concepción de la justicia, Godwin expone las teorías más atrevidas y originales conocidas hasta entonces y las más ajustadas a las realidades científicas entonces y hoy conocidas. La obra de Godwin ejerció vigorosa influencia en los círculos más avanzados del proletariado inglés y entre lo más selecto de la

intelectualidad liberal. Una de las figuras más simpáticas y grandes de la intelectualidad inglesa de la época que recibió el impacto de las ideas de Godwin y fué entusiasta partidario de ellas durante su no muy larga vida, fué Shelley, sin duda alguna el poeta más grande de su tiempo, que se unió, después, con una hija de Godwin y murió ahogado en las costas italianas.

Después de Godwin es forzoso parar. Referirse al pensamiento de Proudhon, de Kropotkin, de Bakunin, Stirner, Nietzsche, Tolstoi, B. Tucker, Malatesta, S. Faure, R. Mella... requeriría muchas otras charlas. El objetivo de ésta ha sido tratar de demostrar que las raíces históricas del anarquismo se pierden en la lejanísima perspectiva de las propias raíces de la historia y que no es el producto de una elucubración más o menos aceptable surgida espontáneamente en el cerebro de un pensador, sino que es como la interpretación de los más sublimes anhelos humanos, que en todos los periodos de la historia han permanecido más o menos vivos y agitados, pero siempre latentes, y que han sido el más poderoso acicate en la evolución de la humanidad.

## LA VIDA Y LOS LIBROS

«EL ESPIRITU ACTIVO» (1)

«ALBORES DE LIBERTAD» (2)

«SENDAS EN ESPIRAL» (3)

Por E. Relgis



En Relgis nos ofrece en estos libros una recopilación de ensayos en la que confirma sus opiniones vertidas desde hace 30 años. Opiniones sobre la necesidad de paz y de justicia que son todavía actuales. ¿Todavía, digo? Para ser exactos habría que decir que son más actuales hoy que nunca. La humanidad parece estar empeñada en vivir de tremendismos y éstos se presentan más agudos hoy, más generales y violentos que nunca. También con mayor peligro porque, habiéndonos mecanizado, el belicismo puede ser utilizado, tan impune como cobardemente, por gentes sin escrúpulos que, además, no arriesgan nada.

Relgis, que ya hizo y nos describió sus «Peregrinaciones Europeas» pinta a la juventud en estos libros a través de una esperanza muy íntima y muy suya en la vuelta al país que le vió nacer, pues no otra cosa trasluce de «esa juventud que desparramó en sueños y en luchas, esa juventud eterna como la vida, la que persiste en el hombre que regresó entre los suyos».

Esa juventud «que sabe esperar» — ¿cómo no, ante tanta adversidad? — que sabe crear..., que transforma la experiencia de sus antepasados en energía combativa, la ciencia en hechos, la idea en acción.

Entra aquí de lleno la conciencia del ser y del no ser que tan radicalmente olvidó el querido Zweig. Otras acciones de consecuencias menos claras, más indescifrables, más transitorias, de efectos menos directamente dirigidos a la primera persona no tienen otro origen que «esa precipitación por acabar», que esa ansia de resultados.

Y el autor de «Mirón» concibe y ensalza la juventud con una fuerza y una virtud, consecuencia irresistible de los ideales que sustenta. Relgis es uno de los raros hombres



de ambiciones comedidas y de los que saben soportar los reveses con estoicismo y filantropía. Algo así como aquel campesino al que ninguna coz de su caballo hizo que abandonase la idea de domeñarlo. ¿La humanidad es ingrata? No importa, ha de salvarse.

Difícilmente se le encuentra en contradicción a pesar de que escribe con añoranza, tan propicia a contradicciones, fruto del tiempo y de la nostalgia en un ayer que a falta de presentes halagüeños, no tenía tampoco ilusiones perdidas. Quizá hoy Relgis nos dijera que también carece de presentes y de perspectivas. Le queda algo imperecedero: la fe en una augusta causa, fe cada día que pasa más arraigada a medida que la ingratitud del exterior crece. Eso es lo que se deduce de los textos que se encuentran en «El espíritu activo». Su autor, no cabe duda, controla, mide, pesa y repasa lo que dice; profundiza sus «hallazgos humanistas», pule sus ideas antes de lanzarlas al viento, las madura y las formaliza antes de comunicarlas a los hombres. Es, pues, un enamorado de la seriedad, no hay más que mirar su físico. Seriedad refulgente que, todo y sintiendo un amor profundo hacia sus semejantes, hacia la vida y todo lo que vive, nunca ha amado ciegamente. El amor ciego, como todo lo que es ciego, no puede más que equivocar el camino. Relgis quiere llegar al autogobierno, a lo que todo el mundo deberíamos llegar, HABRA QUE LLEGAR, si queremos que la sociedad mejore. Comparte la opinión de Gerard de Lacaze, cuando como éste, hace un maridaje entre la necesidad de libertad para la ciencia y la ciencia para la libertad. La una sin la otra es querer un absurdo, es una quimera. La una sin la otra será siempre un peligro para todos. La libertad y la ciencia son dos cosas inseparables y necesarias a la continuidad de la especie. Entra en ello la sentencia de aquel religioso — reconozcámoslo — que «la ciencia sin conciencia es una ruina del alma» y que posteriormente, se traduce en «ruina del mundo». La ciencia y conciencia, la ciencia y la libertad, son imprescindibles para que el hombre cumpla su misión plenamente. Viva su vida en el más alto concepto de la palabra, sin límites en el tiempo ni en el espacio.

Dice Relgis que la cultura nada tiene que ver con la civilización, es decir, no van paralelas. La moral va siempre a la zaga del progreso técnico y, sentenciosamente y como acusando al mundo del intelecto concluye: «LA CULTURA ES VANA SI ELLA NO FRENA LOS ARRANQUES BESTIALES DEL HOMBRE».

El aspecto social del mundo refleja las características de este limitado progreso, influyendo poderosamente y dominando casi totalmente a la generalidad de los individuos. Nunca como ahora, o ahora más que nunca, el hombre fía más de su brazo que de su cerebro. Rapaz que es.

Refiriéndose a Freud, Relgis penetra en lo más indescifrable de la creación: la relación entre el cerebro y el alma humana. Todo ello examinado cual un espeleólogo que entrase por primera vez en una gruta desconocida.

Su anhelo permanente y directo es la universalización de la existencia, que no es existencialismo en el sentido estrecho de la palabra. Habla en tercera persona, pero hay que comprender que en ella está comprendida y de qué manera!, la primera. Y su convencimiento justifica la calidad de «sexto sentido» que obtiene el subconsciente.

No es la primera vez, ni es al primero que estos cerros del subconsciente sirven de paseo deleitoso en donde descubrir el «sexto sentido» que al parecer interviene en el individuo.

Inclinados como esa vanguardia humana en carrera solemne hacia el más allá inconcreto e indefinido, compártimos la idea de que la base de todo lo humano es el «desprendiendo y las aptitudes impersonales. Otros, aquéllos sobre quienes más pesa la zozobra y la amargura que provoca la deshumanización de las instituciones, dicen que el «sexto sentido» está formado por la necesidad animal de todo ser humano.

A fuer de querer armonizar ideas admitimos que posiblemente la verdad esté entre ambos. Queremos decir que el hombre es esa cosa compleja, llena de temeridades, sobre la que toda definición conlleva un riesgo, pues que en materia de corazón y cerebro no es posible precisiones matemáticas ni aun de falsa posición. Camús se conforma — y dice mucho — con decir que «el hombre es esa cosa que acaba por derribar dioses y tiranos».

Es complejo el hombre y por eso Relgis tiene esperanza sin intentar catalogarlo. ¿Quién ignora hoy que dos cosas tan opuestas como son la digestión y el humor son, sin embargo, inseparables y dependientes?

Freud, a pesar del exagerado rigor con el que catalogó a todos, personas y animales, según particularidades que descubre su psicoanálisis, atribuye a las instituciones, es decir, al Estado, un papel tan nefasto que un anarquista no lo haría con más crudeza. «El Estado, afirma Freud, no vacila en cometer cualquier violencia que, cumplida por un individuo, lo deshonraría irremisiblemente. El Estado miente conscientemente, engaña con toda intención, exige violencia, pide sacrificios, suprime derechos — incluso hasta el de expresar tus opiniones, cosa que debería ser sagrada y respetada como tal —, prohíbe, censura, etc., en fin, tiene todos los defectos y vicios, que el ciudadano estará obligado a tolerar, aprobar, y luego exaltar por «patriotismo», y hasta dejarse morir por el montón de mentiras que forman la «patria». Y, que no se repique, dice Freud, que el Estado puede renunciar al empleo de la injusticia».

Bien es verdad que la sicología es una ciencia que, desde luego, está llamada a jugar, juega ya, un papel preponderante. Ved la política, la ciencia, la enseñanza actuales. La sicología sustituirá a los dioses de todos los tiempos en su papel de dominio de los espíritus. La guerra fría no es más que una vergonzosa explotación psicológica de las multitudes. Y esto se hace pensando de los hombres cual si se tratase de domar caballos o cebras.

«Vendrá el día, dice, en que las masas comprenderán que estos jefes surgidos de un modo patológico de su propio seno, son siempre bárbaros aparecidos regresivamente en la corriente normal del pensamiento en vía de progreso y liberación».

Todo puede arreglarse si la educación cumple su misión. La tremenda responsabilidad del educador cada vez que surge a la superficie uno de esos sanguinarios sátrapas, crueles y cínicos dictadores, es inmensa, y por esto mismo, hay que exponer bienes, posiciones, la salud y la misma vida, para que la humanidad despierte y viva sin mancha y con honor.

M. CELMA

(1) «El espíritu activo» .....	650 fr
(2) «Albores de libertad» .....	450 fr
(3) «Sendas en espiral» .....	600 fr

Pedidos a nuestro Servicio de Librería



# Tres charlas acerca del cristianismo

**E**L problema religioso está candente en todos los países del mundo, no olvidando a aquellos en donde la libertad de culto es respetada. Si bien en estos últimos las discusiones, argumentaciones y controversias entre individuos de diferentes tendencias no llegan a tomar el cariz de querellas, amenazas y a veces insultos y algo más también que toman en países donde no se reconoce más que cierta religión oficial, éstas se suscitan frecuentemente con acentuada pasión, aunque siempre con ese toque de tolerancia que lleva apareado una vida de convivencia entre gentes que desde la cuna han aprendido que los que les rodean en la calle, en la escuela, en el trabajo, en todo el pueblo y hasta en la casa misma donde viven, pueden o no pueden tener las mismas creencias, la misma religión que ellas. En Inglaterra, sin contar los grupos y comunidades oriundos de continentes otros que el europeo y americano y que profesan religiones diferentes a la cristiana, existe una foresta de denominaciones religiosas salidas todas del tronco común llamado cristiano. Estas se denominan Luteranos, Discípulos de Cristo, Cuáqueros, Presbiterianos, Protestantes, Unitarios, Anglicanos, Católicos, etc., etc.; todas se llaman a sí mismas cristianas y todas afirman o niegan ciertos puntos de los que los católicos romanos, pongamos por caso, tienen por doctrina. Esto es curioso hasta el extremo de que reuniendo los artículos que cada una de estas denominaciones niegan y rechazan como inadmisibles, se llegaría al resultado de que todo el dogma de una religión que controla vidas y haciendas de millones de seres humanos quedaría reducido a cero. Unas niegan los milagros, otras el pecado original, otras el bautismo, otras la virginidad de María, otras al espíritu santo, otras al infierno y a la gloria, otras la divinidad de Cristo; y así el dogma bajaría a la nada y el Cristo se semejaría al hombre real que con entereza y dignidad predicó ciertos preceptos morales (no originales ni mucho menos), los cuales, to-

madados en consideración podrían elevar las conciencias y sentimientos del género humano, y Dios resultaría ser ese ente desconocido e imaginario que ha creado la mente del hombre.

Estas conclusiones llegarán a hacerlas un agnóstico, un ateo u otro cualquiera que venga de otra religión fuera de la cristiana; el conglomerado religioso que forma este mar de opiniones marcha incólume con tal que el vecino crea en algo. Se condesciende con todos, incluso con el agnóstico, pues ya se sabe que éste aunque niegue la existencia de Dios declara que no sabría aportar pruebas contundentes de su inexistencia. Este último punto parece tomarse por parte de los religiosos como una duda, una vacilación entre el creer y el no creer que en circunstancia cualquiera podría volcar la balanza y al agnóstico con ella a favor de los creyentes. El ateo halla más resistencia, más escepticismo cuando trata de exponer sus opiniones y niega la existencia del todopoderoso argumentando y aportando pruebas metafísicas o científicas contra las que los creyentes presentan para demostrar lo contrario. He aquí por qué la tormenta que las charlas de Margaret Knight levantaron en 1955. Las tituló «Moral sin religión» y explicó con ejemplos sencillos sacados de la vida diaria y práctica (por algo es profesora de psicología) cómo al individuo se le puede dotar de un código moral de más base y ética que el convencional, libre de temores y ansiedades debidos a la amenaza de la suprema sanción que lleva por delante constantemente todo aquel que ha crecido entre rezos y la mirada oculta de Dios.

Lo que sigue es traducción de tres de las contribuciones a una encuesta sobre el problema religioso en casa de no creyentes especialmente donde crecen hijos, las cuales creemos darán alguna luz a la tarea que el asunto en sí nos pone a tantos padres.

J. R.

## Lo que debes decir a tus hijos hablándoles de Dios

Margaret Knight

Más tarde o más temprano, todo padre humanista, tiene que enfrentarse con el problema de qué dirá a sus hijos acerca de Dios y de la religión. Yo hice algunas sugerencias sobre este particular en 1955 en dos charlas radiadas (véase CENIT nº 53) que causaron alguna excitación, y desde entonces he tenido una gran cantidad de correspondencia y discusiones con padres tanto humanistas como cristianos. Los dos puntos que muy a menudo se han suscitado son: primero, ¿se debe enseñar a los niños la ortodoxa creencia religiosa, para empezar, aunque éstos sean hijos de padres humanistas?, y segunda, ¿deben los padres hacer uso de

su derecho de retirar a sus hijos de la instrucción religiosa de la escuela? (1)

Con sorprendente frecuencia se adelanta el concepto de que, siendo la religión cristiana la religión oficial de este país, sería prudente dar a los niños una instrucción convencional religiosa al em-

(1) En Inglaterra la instrucción religiosa y oraciones en las escuelas del Estado no son obligatorias. Los padres se reservan el derecho de permitir o no que sus hijos asistan a éstas y a los maestros no se los obliga a que den instrucción religiosa si su conciencia u otra circunstancia no se lo permite.



pezar, con la esperanza de que más tarde sabrán sobreponerse al dogmatismo cristiano con la misma facilidad que se sobreponen a la creencia de los reyes magos. Esta es una política defensiva, y no cabe duda que algunas veces sale bien, pero existen fuertes razones contra ella.

Yo llevo encima bastante del racionalista antiguo para pensar de que es una mala cosa para un niño el que se dé cuenta de que sus padres le han engañado deliberadamente; esto quebranta la confianza en la seguridad de los adultos y en el valor de la integridad intelectual. Algunos críticos creerán que esto es una imagen de mal agüero y preguntarán «Y ¿qué diremos de los reyes magos? A lo cual contestaría sin titubeos que yo no le diré a un niño que crea en unos reyes magos de «verdad», lo mismo que no le diré que crea en un «Red Riding Hood» de «verdad» tampoco. La desilusión sobre este asunto no va siempre tan exenta de angustias como aparece retrospectivamente, y tan pronto como el niño es lo suficientemente mayor para distinguir entre el hecho real y el artificio debería serle permitido darse cuenta de que los reyes magos pertenecen al reino de lo ficticio, es decir, a esa clase de artículo deleitable en que a todos nos gusta tomar parte.

En la segunda de mis charlas notorias hice algunas sugerencias sobre las cosas que los padres humanistas podían apropiadamente decir a sus hijos pequeños acerca de Dios. Podrían decirle al niño que en una época todo el mundo creía, y algunas gentes creen ahora, de que existen dos grandes fuerzas en el mundo: una fuerza buena, llamada Dios, que hizo el mundo y que ama a los seres humanos y que quiere que se amen los unos a los otros, y que sean buenos y felices; y una fuerza mala, llamada Demonio, que es lo opuesto a Dios y que quiere que los seres humanos sean malos y desgraciados. Alguna gente aun creen esto, pero en nuestros días la mayoría de la gente en este país, excepto los católicos romanos, cree que en realidad no existe el Diabolo; el Diabolo es algo así como el ogro o la bruja en los cuentos de hadas. Y también, en nuestros días, hay mucha gente que piensa que en realidad no existe Dios, como no cree que existen reyes magos tampoco, aunque a veces nos gusta manifestarnos como si existieran. Sin duda, el niño entonces preguntará qué es lo que creen sus padres, y se le puede decir de que ellos no creen en la existencia de Dios, pero que sin embargo mucha gente cree lo contrario, y que cuando sea mayor podrá optar en un sentido u otro.

Desde que hice estas sugerencias, muchos padres me han argumentado de que esto es poner demasiada tensión sobre el niño al esperar de que decida sus creencias religiosas por sí mismo. Pero esto es una incompreensión. Con el tiempo el niño tendrá que decidir sobre sus concepciones religiosas así como sobre sus concepciones políticas; mas ahora no se espera de que haga eso. De momento será, sin duda, un poco humanista, en el mismo sentido que sería un poco socialista o un poco conservador de acuerdo con lo que sean sus padres. No perturba al niño el saber que su padre vota en unas elecciones por un partido y que muchos

de los padres de sus amigos votan por otro y que él tendrá que decidir cuando sea mayor por quién va a votar. Mutatis mutandis, se le puede decir lo mismo acerca de la religión.

¿Deben los padres humanistas hacer uso de sus derechos para retirar a sus hijos de las oraciones e instrucción religiosas de la escuela? Mi modo de ver es que en la mayoría de los casos no deberían hacerlo. En la Escuela Primaria, razones de organización de todas formas, generalmente, hacen el caso impracticable. En circunstancias excepcionales puede retirarse a un niño sin dificultad; por ejemplo: si el periodo de enseñanza religiosa viene al principio de la clase o al terminar el día escolar, de forma que el niño pueda llegar tarde o salir temprano; si un cierto número de niños han sido retirados de ella y se les ha buscado otra ocupación para este momento dado; o si existe una librería o biblioteca en la escuela o habitación donde jugar y puedan distraerse. Pero en la mayoría de las Escuelas Primarias no hay ninguna de estas condiciones y la sola ocupación de los niños que no asisten a la enseñanza religiosa es la de aguardar fuera en los corredores, lo que en muchas Escuelas Primarias es una forma reconocida de castigo. Aparte de esto, el apartamiento produce un sentimiento de aislamiento, de abandono, que la mayoría de los niños detestan enormemente; y pueden catalogar a la instrucción religiosa con el encanto de lo prohibido. Yo sé de un niño que se pasaba el periodo de instrucción religiosa escuchando por el ojo de la llave para ver que es lo que se estaba perdiendo.

De todas formas la instrucción religiosa en la Escuela Primaria es en la mayoría de ellas, inofensiva. Esta es dada por maestros que son cristianos nominales solamente, y puede consistir poco más o menos en la lectura o en el contar cuentos bien seleccionados de la Biblia, sin poner gran énfasis en su verdad literal. En tales casos yo no retiraría al niño aunque esto fuera posible. Los cuentos de la Biblia son partes de nuestra herencia cultural, como son los cuentos de San Jorge y el dragón y el rey Arturo y sus caballeros, y sería privar al niño de que escuche cosas que debe oír.

La situación se complica si el maestro es cristiano ferviente y le dice a sus alumnos de que está mal el no creer lo que dice la Biblia. En tales circunstancias, los padres humanistas no tienen más opción que la de decirle al niño claramente que el maestro está equivocado. Esta es una necesidad desagradable ya que plantea un conflicto entre dos autoridades; pero es un mal menor que el exponer al niño al aturdimiento intelectual (y posibles disturbios emocionales) que pueden ocasionarse cuando intente (por ejemplo) reconciliar la gloria y la ascensión con el Sputnik y el viaje en el espacio. Tratar de cubrir el abismo con el uso de términos como «simbólicamente verdad», es, a mi modo de ver, absolutamente equivocado. Pocas son las virtudes más importantes que la integridad intelectual, y pocas cosas son más susceptibles de dañarla que la de incitar al niño jugando a un tira y afloja con las palabras «verdad» y «creencia».



En la Escuela Secundaria, por lo menos a un nivel adelantado, el problema de la instrucción religiosa toma un aspecto diferente, y aquí la cuestión de retirar al niño puede dejarse al niño mismo obrar en consecuencia. Se le puede decir que sus padres lo retirarán si es que él quiere, pero que están dispuestos a dejar la decisión para él. Soy de la firme opinión de que no se debe presionar en el niño para retirarlo, y mucho menos retirarlo contra su voluntad. Nadie, creo yo, debe esperarse que sufra por unas convicciones que no sean las suyas propias.

Existen sin duda más dificultades aun, tanto

para padres como para los niños, cuando el niño es educado fuera de los límites de la religión oficial. Pero el humanismo se va haciendo de una forma acelerada un poco respetable y las dificultades son menos temibles de lo que eran. Seguramente que son menos y menores las dificultades de tratar de combinar una apariencia científica del siglo veinte con una creencia literal en el folklore.

(En el próximo número, las charlas de C. A. MACE y de C. BIBLY).

### Los franceses y el exilio español

# CIFRA Y PRUEBA

**C**ALCULANDO el censo de los españoles refugiados en Francia en plena guerra grande, no es muy difícil deducir consecuencias de interés. Desde 1939, el 20 por 100 de los exilados ha pasado por la dura y suprema prueba de la muerte: Campos alemanes de exterminio, campos franceses, etc. Enfermedad, vejez, accidente, mutilación no superada, raquitismo, exceso de trabajo, fusilados al ir a España, etc. Con estas bajas desgraciadamente no se puede contar.

Otro 10 por 100 del censo total está formado por españoles asimilados al país de adopción, los que tenían hasta 20 años al pasar la frontera, los que han crecido aquí, estudian o trabajan en el país de residencia. Muchos han sido o serán naturalizados en Francia por los padres y están adaptados al ambiente de inmediatez no al de origen. Tampoco se puede contar con éstos. Es inútil juzgar el hecho. Basta registrarlo.

Otro 20 por 100 del censo total, está formado por españoles que han salido voluntariamente de España por hallarse en situación económica relativamente favorable, para emigrar a América o pasar a España aceptando el régimen franquista. Con estos españoles no se puede contar tampoco.

Hay otro 20 por 100 pendiente de soluciones políticas, el de los creyentes en Prieto o en otros profetas por el estilo, muchas veces aunque no lo digan. Con este sector podrá contar el correspondiente conglomerado político, nadie más. Son los españoles que tuvieron cargos o destinos otorgados por la República y piensan tenerlos en la solución nueva que suponen próxima o no tan

próxima, pero segura, dependiente de tal o cual combinación de las cancillerías, cuestión de tiempo para ellos.

El restante 20 por 100 está constituido por los españoles inasimilables desde el punto de vista de partido o de país de adopción. No inasimilables ni irreductibles por ser patriotas de España, sino por creer que la solución del problema español no depende de un bloque ni de otro sino de ellos mismos como bloque resistente acorde con los resistentes del interior.

Cualquiera puede hacer la prueba justificativa de este cálculo fijando por un procedimiento Gallup el porcentaje de resultado que averigüe en su ambiente, a partir de 1939 entre 100 españoles exilados conocidos por él, la desaparición de los que cayeron en el exilio y la mentalidad de los que vivan, con toda seguridad hallará:

- 1) Un 20 por 100 muertos;
- 2) Un 20 por 100 asimilados;
- 3) Un 20 por 100 en situación próspera aquí, emigrantes a América o pasados a España;
- 4) Un 20 por 100 de exilados que esperan volver a España a favor de cualquier solución política;
- 5) Y un 20 por 100 de exilados irreductibles.

Que repita el mismo cálculo distinto observador con otros 100 españoles exilados a base del censo de 1939 y comprobará aproximadamente la certeza del cálculo anterior.

Prescindamos de hacer consideraciones críticas; tratemos sencillamente los hechos y su expresión de cifra y prueba.

FELIPE ALAIZ

Junio, 1948.



# Universalismo español

**H**AY que aerear España, es necesario abrir puertas y divulgar lo que de bueno y noble ha dado la Península Ibérica.

Muchos de sus obreros y no pocos de sus pensadores, han vivido una vida digna y sublime, han legado a la humanidad todo un tesoro de ideas geniales, de pensamientos y de realizaciones. Y con su muerte casi cayeron en el olvido, de forma que son pocos, muy pocos, los que dentro de España los conocen. En cuanto al exterior a penas si unos cuantos han trascendido. Injusticia que hay que reparar dando a cada uno la plaza que le corresponde en los anales de la humanidad y de la creación, siendo como son partículas de un mismo dios creador.

Ganivet hizo para España un «Ideario», algo que contribuye a formar programas políticos y bases de sociedad concordantes con la concepción de una vida en la que el hombre sea su alfa y su omega. A pesar de morir tan joven, Ganivet ya tenía un concepto político-social cuya más alta definición — sin querer reducir su vasta cultura y su pensamiento profundo a una fórmula o una frase —, puede ser la siguiente expresión: *«Me parece mal que los altos manden en los bajos, hasta el extremo de no haber mandado yo nunca a nadie, ni a los criados de mi casa; mi placer es que sean listos y lo hagan sin que se les diga. Me gusta lo bueno y aun lo selecto y aristocrático; pero no querría ser aristócrata por nada del mundo, y desprecio a los que merodean el trato con gentes de pergamino. En suma, mi credo no puede reducirse a fórmula razonable, pues se compone de mucho amor y de mucho pan para los pequeños, y mucho desprecio y mucha autoridad para los grandes.»*

Dos preocupaciones se desgajan leyendo a Ganivet: la política y la sicología. No obstante, otros temas no menos importantes pueden ser objeto de profundo examen tomándolo a él como base del mismo. Por boca de Pío Cid, Ganivet habla como un excelente polígrafo, como un exquisito profesor y cual si fuese un revolucionario sereno. Habla... como deben hablar los hombres.

No basta con saber, dice, hay que hacer. Luego se contradijo, demostró que tampoco el hacer es bastante puesto que se suicidó. Es lo único que no se le puede perdonar. Luces como la de Ganivet pertenecen a la humanidad y, nadie, ni él mismo tenía derecho a apagarla.

¿Para qué ha de servirnos el saber cuando no se le da ninguna aplicación? *«Ninguna utilidad hay, dice Ganivet, en tener una cazuela cuando no se puede guisar nada en ella»*. Es esto quizá lo que ha comprendido el joven de la España actual cuando, según dijo una profesora que ejerce en Zaragoza, ni aun gratis quiere aprender a conducir un tractor ni adquirir conocimientos de mecánica agrícola. ¿Para qué, si en aquel régi-

men el joven trabajador sabe que no ha de tener nunca la posibilidad de servirse? Mas, continúa, *«aprendas lo que aprendas no debes dejar nunca tu oficio. Tu saber no hará más que ennoblecerlo y hacerlo racional y respetable.»*

A Pío Cid, los críticos, incluso los honrados, lo han presentado como si se tratase de un producto extravagante y casi loco. Sin embargo, no tiene ni lo uno ni lo otro. Domina en él, eso sí, una originalidad muy acentuada y muy peculiar, pero su punto de vista y de atracción es ayudar a que las almas y los cuerpos se superen abandonando prejuicios y vicios. En el trabajo veía una manera de embellecer la existencia, de tornarla en una obra de arte, con sus colores, sus líneas y sus utilidades. *«No faltaba más sino que por influencia de cuatro tontos renegara usted a la profesión de su padre y de su abuelo, y dejara la honrada y útil carrera que comenzó a gusto de su familia, para seguir la de leyes, que más que carrera es calamidad pública en España. Abogado soy yo y no me arrepiento, porque no me gusta arrepentirme de ninguna cosa que hago, y de ésta menos, que la hice por consejo de mi buena madre — honra de linaje; — pero ni ejercí mi profesión ni he ganado con ella un real.»*

He ahí un ejemplo además con el que, de ser seguido por todos los trabajadores del mundo, o por una inmensa mayoría, se habría llegado a un grado de civilización jamás soñado. Si cada uno de nosotros viésemos en el trabajo la utilidad y no la paga, ¡cuán diferente sería el mundo!

En efecto, en más de una ocasión el arrepentimiento no es más que la manera cómoda de eludir responsabilidades. En boca de Ganivet, no arrepentirse es aceptarlas con todas sus consecuencias. Esto no quiere decir que deba persistir en el error o en el prejuicio.

En este aspecto Ganivet viene a asociarse y a hacer causa común con Wagner. Este en «La vida simple» ya anuncia un mañana en el que la humanidad deberá limitar sus actividades a lo útil y racional so pena de verse un día aplastado por los artefactos innecesarios y hasta nocivos. Es, de cierta manera, la continuidad de las teorías de Diógenes.

Caso original, Ganivet casi no ha escrito nada sobre el amor, aunque buenos y largos pasajes de sus libros de Pío Cid están dedicados al elemento femenino. Con éste emplea un lenguaje de persuasión y de exaltación de valores ajenos al propio amor. Se ha escrito mucho sobre la sicología del amor, hace decir a Pío, pero lo que se ha escrito tiene la misma utilidad que la crítica de las obras de arte.

Para él el amor ha sido generalmente explicado desde un punto de vista instintivo, animal incluso, aun en aquellos casos en que nada tiene que ver la relación de los sexos. Sin embargo, Ganivet lo idealiza, hace de ello



una escuela de elegancia y de respeto. «¿Qué diría usted, dice Pío Cid, de un hombre que para ver un cuadro cerrara los ojos y aplicara el oído? Diría que es un estúpido, le replicaron. Pues más estúpido es quien se enamora de una mujer viéndola, oyéndola, oliéndola, gustándola, palpándola. Yo veo a una mujer, aun la más hermosa, como podría ver el pórtico de una iglesia.» «Si la toco y encuentro fina y sedosa la piel me figuro que estoy acariciando una gata.»

Según él, la mujer no se ha hecho para el amor, nada en el mundo existe exclusivamente por y para el amor. Acepta a la mujer cual un ser como los otros con una función específica a cumplir sin que las sensaciones cuenten más que como una consecuencia apenas secundaria.

Brota también de la definición de su amor una especie de sentimiento de justicia, tan profundo, que llega a reducir a cero al amor que lo origina. Así, en el relato de Mercedillas la Perdigona con su marido, ésta, maltratada sin motivo, no soportó una vida de sufrimiento más que por la ceguera en la que el marido cayó, y Pío Cid concluye así la doble situación de la mujer: «En el alma de aquella mujer se había incrustado tan honda y jerozmente la idea de justicia, que por parecerle injusto sufrir siendo buena, quería sufrir siendo mala.» De esta forma, mereciendo el sufrimiento, le servía de consuelo y sufría menos.

Si secundario era para Ganivet, o mejor dicho, para su protagonista, la sensación con que las gentes confunden el amor, mucho más secundario sería para él la religiosidad y las creencias todas.

Crear, para Ganivet, y esto siempre a través de su Pío Cid, ni es virtud ni pecado, «aunque se crea en tonterías». Se manifiesta hasta irreligioso. Allí donde una mujer engaña al marido para que éste engañe a la esposa no ve más que la trama que ya se cuenta de Adán y Eva, con la particularidad de que en esta pareja, en lugar de intervenir una vecina para provocar disputas en el matrimonio, interviene una serpiente. Al fin mundano.

No concede audiencia a ningún cuento de hadas, comprendidos los de Cristo. Al igual que para los hombres de ciencia, la religión no va más allá de una hipótesis. Si ésta llega a demostrarse, entonces tampoco es religión porque pasa al terreno científico, que es su negación. «Aunque hubiéramos visto dar voz a los mudos, oído a los sordos y vista a los ciegos, todo esto y mucho más lo explicaríamos como obra de la picardía y de la astucia de un farsante original.»

¿Qué mayor afirmación de herejía se quiere?

De otra parte, ni sus creencias ni sus ilusiones estaban fundamentadas en nada que no fuese «comprender el espíritu de las gentes.» «Mejor que la observación de la vida es la acción sobre la vida.» ¿Qué sería obrar sobre el espíritu de los hombres?

Lo que importa es la conducta. Alude al sacrificio que tan a menudo se hace en holocausto del mañana y dice: «El que se reserva el día de hoy para ser más el día de mañana, es tan cobarde como el soldado o el general que aspira a ser héroe en la batalla decisiva, dejando que otros luchen en las pequeñas escaramuzas sin pena ni gloria.» Esta premisa está desgraciadamente muy olvidada, entre los trabajadores, principalmente en nuestra época. Y no es que Ganivet presentase al hombre irremediabilmente bueno o definitivamente malo,

no. Muy al contrario. Al hombre lo acepta tal como se presenta, pervertido y vil si así es, bondadoso y noble si dispone de estas cualidades. El concepto de hombre conlleva todo. A ratos bueno, a ratos menos bueno. No hay que ocultar ni disimular ninguna caída ni desfallecimiento en materia de conducta y rectitud de alma. Las picardías e incluso las malas acciones realzan la humanidad de un carácter. Lo glorioso es que los que rodean sepan obrar teniendo por norte la enmienda propia y ajena. Es decir, que el hombre malo, lo es menos si los que lo frecuentan saben utilizar su bondad para que haga contrapeso. Esto, desde luego, requiere el dominio de sí mismo. Nunca una persona influenciable podrá considerarse libre. La debilidad de carácter es el primer eslabón de un espíritu servil.

No predica la soberbia ni la altanería, pero concibe al hombre como resultado de una mezcla de energía, bondad, perversión, abandono, seriedad y burla, empleado según momentos y materiales — valga decir, hombres —.

En una ocasión en la que uno defendía la tesis de que había personas inaptas al estudio, Ganivet mantuvo la idea contraria. «Se trata simplemente, dijo, de descubrir en el individuo las aptitudes.» Cuando no se logra interesar al alumno, es porque el maestro no acierta a enseñar, no sabe, aquello que interesaría al aprendiz, dominado como está por el subconsciente.

Definía así el poder de persuasión que debe tener todo el que se dedica, aunque no más sea como aficionado, al arte de enseñar. Le acusaban a Pío Cid de haberse extranjerizado y respondía: «Vosotros llamáis españolas a las cosas petrificadas y muertas.» Es necesario ser español. La mujer, decía, tiene como centro natural la familia — cada vez menos, por cierto —, «pero el hombre debe salirse de esa pequeña y trabajar como si su familia fuera el mundo entero.»

Así Ganivet pasa en revista todo el concierto de valores y defectos que concurren en los hombres: la enseñanza, el patriotismo, abstracciones como la felicidad, la fineza; los paisajes de España, en particular de su Granada; el hombre como resultado y compendio de la creación; el honor, la justicia, ambos según las edades, etcétera. Analizando a la mujer no les cede nada a escritores contemporáneos de relieve. Muy elegante, no sensual, mucha y noble intención, y precisamente por eso, obtiene con muchísimo respeto y decoro, resultados grandiosos.

Pero en lo que se distingue mucho Angel Ganivet, además de profundizar como el primero en materia de orientación moral, es en la política. Todo concuerda y converge hacia la política, de forma que no hay nada que escape a ésta.

Teme que el español sea desordenado y a este desorden culpa el que España no disfrute de un régimen de libertad, por ejemplo, como el de Suiza. Y, no es que atribuya a los políticos — a los políticos en uso, se entiende — valores extraordinarios, ni siquiera asegura que tengan los que de ordinario tiene la generalidad de las gentes. El gobernar ya es mal signo. Enseñar vale mucho más. «El verdadero hombre de Estado no es el que da leyes, que no sirven para nada, sino el que se esfuerza por levantar la condición del hombre. Quien quiera que haga de un tonto un discreto, de un haragán un trabajador, de un tunante un hombre de bien,



ha hecho, él solo, más que diez generaciones de hombres políticos.»

¡Qué razón tenía! ¡Cuán necesario es que se sepa y se apliquen las enseñanzas que nos da! En materia de política — la de los revolucionarios comprendida —, enseñar es todo; gobernar o mandar, nada; dicho en otros términos: la revolución de conciencias ha de preceder y ser origen de todo. Sin ella, los esfuerzos quedan reducidos a lo inútil. Mover hombres sin formación es exponerte a ver movimientos sin hombres. Deja que se acerquen a ti cuantos quieran acercarse, dice, y vive con ellos; y si no tienen educación te ha caído un trabajo: el de educarlos a tu gusto. No niega la audacia, muy al contrario, debe emplearse por ser una de las expresiones de la inteligencia. Y la audacia se adquiere conociendo al mundo; la discreción, conociendo al hombre. De estos conocimientos deduce y echa conclusiones con un rigor que asombra: «El arte de trabajar no tiene nada que ver con el arte de enriquecerse; el que aprende a trabajar ha aprendido a ser eternamente pobre.»

De los gobernantes tiene un concepto que raya con los de un anarquista declarado: «Si a ése le encargan de gobernar el país no hará nunca nada malo, aunque tampoco hará nada bueno. Y... ya es hacer bastante bien.»

Fué en un discurso político en el que le hace decir a su Pío Cid: «Reza, si rezáis, el Padrenuestro, pero agregad una oración a la Madre nuestra, la tierra, para que recompense con los frutos de su seno inagotable el esfuerzo de los que en ella trabajan.»

De su lenguaje se deduce que Ganivet fué el evangelista del socialismo auténtico, de ése que no se pasea por escaños de alta sociedad, de ése que al fin, encontrará una plaza en el corazón del hombre después de haberse pulido en el cerebro.

No dice que hay que ser rebelde, pero sentencia que sólo se someten los cobardes. Es socialista porque está en contra de la propiedad: «Hoy la sociedad, sin saber lo que hace, trabaja para destruir la propiedad, porque para destruir una cosa hay primero que desacreditarla. Hay ciertos bribones que pretenden sacar de ella más de lo debido; y este mal traerá algún día un bien, que será, que no quede un propietario para un remedio.»

¿Quién, después de este juicio, se atreverá a decir que Ganivet no era socialista, de un socialismo sin mando ni gobierno?

Verdaderamente, la obra de este gran hombre debe ser puesta en plaza visible para ejemplo de los que honradamente trabajan con miras a reformar la sociedad, sentarla sobre bases nuevas y fundada en la igualdad y la libertad. Ganivet ha escrito como un anarquista, y de haber vivido en este periodo de miseria política que acaba con España, también hubiera formado en las filas de un Machado, de un Salinas, de un Alaiz, de un Ramón Jiménez. Hubiera muerto en el destierro, si es que no tenía la desgracia de caer como García Lorca, su paisano.

J. ALAUDE

## Vida de CENIT

Después de la nota reproducida en el número anterior informando de la situación que le crea la mala inquina de las inclitas autoridades que dictan en España, los lectores se han inquietado — y con razón — calculando las dificultades con las que tropieza CENIT. Sabemos que en algunas localidades los españoles honrados, lectores todos y amigos, se han movilizado y se preocupan por recoger fondos para hacer frente a los gastos que, sin duda alguna va a ocasionar el pleito. Algunos han llegado ya a nuestra administración. Recordamos que los giros deben hacerse a C.C.P. 1197-21, «CNT»-Hebdomadaire, 4, rue Belfort, Toulouse (H. G.), indicando en la parte del mandat-poste reservada a la correspondencia el por qué y para qué del envío. Con ello se nos facilita la tarea. Decidnos también si se permite hacer mención del aporte en las listas que publicaremos en la propia revista. De requerirlo los interesados, se publicará; si no, no se hará.

Pero es necesario que todo el mundo participe. CENIT ha de defenderse porque de su éxito dependen los intereses generales del exilio español.

Del proceso de CENIT hay que hacer el proceso del ogro. Y que lo ganaremos, estamos seguros, pues que aún no se ha devanecido de la faz de la tierra ni la conciencia de los hombres ni la dignidad humana.

En cuanto a los fondos pro-servicio gratuito a viejos, enfermos e inválidos, he aquí la duodécima lista:

Puig Antonio .....	1 375 fr.
Torres (liquidación testamentaria de F. González) .....	13 600 fr.
García Roque .....	255 fr.
Macipe M. ....	500 fr.



# MICROCULTURA

106. — En 1336 nació el bárbaro alemán Tamerlán, en la ciudad de Samarkanda. Terrible conquistador tártaro, cuyas huestes asesinaron a más de medio millón de infelices en la conquista de Ancira. Murió dicho criminal en 1405.

107. — Debido a la persecución de la Iglesia mandona en Irlanda y al hambre, tuvieron que emigrar los irlandeses a Norteamérica.

108. — Nace en 1821 el gran poeta Carlos Pedro Baudelaire, en la ciudad de París. Autor de «Flores del Mal», labor poética extraña, limpia, y sabiamente cincelada.

109. — Paropsta, es la alteración de la función visual en general.

110. — En el burgo de Sambirek (hoy Ulyanovsk), nace el 9 de abril, de 1870, el tirano Lenin, revolucionario ruso, agitador del bolchevismo y asesino de miles de infelices. Su nombre real fué Vladimir Ilitch Ulianof.

111. — El «Vin Fiz Flyer» fué el primer avión que cruzó Estados Unidos de costa a costa. Vuelo que duró 84 horas.

112. — En 1936 murió Francisco Villaespesa, insigne poeta español.

113. — En los proyectos de parques y jardines debe tenerse en cuenta la belleza invernal de los árboles y arbustos. Algunos arbustos tienen en invierno hermosos brotes coloreados y la corteza blanquecina de ciertos árboles da belleza a los paisajes invernales.

114. — Los automóviles más antiguos de los Estados Unidos se exhiben en el Instituto Smithsonian de Washington.

115. — Los insectos que atacan a las plantas de jardín son chupadores o masticadores: los primeros introducen sus órganos bucales dentro de los tejidos vegetales y chupan los jugos, mientras que los segundos comen las partes de las plantas.

116. — El primer autogiro que voló en los Estados Unidos fué construido por Juan de la Cierva, inventor español.

117. — El 30 de marzo de 1135 nace en Córdoba el célebre filósofo judío Maimónides.

118. — A pesar de la destrucción causada por la última gran guerra y las últimas pequeñas guerras que hay en el mundo, la población mundial ha aumentado en un 20 por 100 desde 1930.

119. — Entre los peces, los hermanos siameses no son raros. Pero esos peces unidos entre sí pocas veces viven más de unas semanas.

120. — Muere en 1446 el político Jorge de la Tremouille, el bandido que capturó a Juana de Arco.

121. — Entre los primitivos indígenas de la región de Kuanyama, cada hombre puede tener de cuatro a treinta esposas. El marido divide a sus mujeres en tres grupos: el primero está compuesto por «las dueñas de la casa», el segundo se ocupa de la cocina, y el tercero hace la limpieza de las chozas y trabaja en las huertas.

122. — Guillermo Conrado Roentgen descubrió los rayos x (1845-1923).

123. — La India tiene suficiente tierra como para alimentar a su creciente población si adopta prácticas modernas de agricultura. Los actuales cultivos de la mayor parte de ese país se llevan a cabo con métodos y herramientas de hace siglos.

124. — Nace en 1747 Goya, figura cumbre de la pintura española, muerto en Burdeos en 1828. Acometió todos los géneros con el mayor éxito. La belleza del color, el atrevimiento de las concepciones, dan a sus obras un encanto singular. Su obra más popular son los aguafuertes conocidos con el nombre de Caprichos.

125. — Existe en la India abundante reserva de bauzita, mineral de donde se extrae el aluminio.

126. — Una cabeza de piedra recientemente descubierta en México pesa quince toneladas y se cree que tiene una antigüedad de mil novecientos años. Es la piedra esculpida de mayor tamaño encontrado hasta ahora en el Nuevo Mundo.

127. — Existen ahora máquinas para tomar baños de sol. La persona interesada recibe uno de esos baños, igual que si estuviese en la playa o bajo los rayos directos del sol.

128. — El aceite de pescado se emplea en la fabricación de jabón, pinturas, líquidos para rociar, tintas de imprenta y linóleo.

129. — En la famosa Sala de los Espejos se firmó el Tratado de Versailles. Desde entonces otras guerras han habido y otros «tratados» (simples treguas a futuras matanzas bélicas). Y seguirá esto siendo así hasta que la anarquía reclusiana no armonice la tierra.

130. — A 5.210 millas marítimas está Tokio de San Francisco de California.

132. — Un apógrafo es una copia de un escrito original.

133. — Sustancias fluorescentes que se agregan a las tinturas producen en las telas originales efectos de color, tales como una variación de las tonalidades que depende del ángulo desde donde se observa el tejido.

134. — La plaga de los conejos ocasiona en Australia cada año enormes pérdidas en los campos de pastoreo. Por su parte los hombres ocasionan grandes matanzas despiadadas en la especie de los conejos australianos.

135. — La alimentación de carne de pescado provee al cuerpo humano de hierro, yodo y cobre.

137. — En 1844 nace Paul Verlaine, célebre poeta francés, autor de «Fiestas Galantes», de «Sabiduría», etc. Escritor sutil y de gran energía de expresión. Murió en 1896.

138. — Se llama «bigardo» a un fraile desenvuelto y de vida libertina.

139. — Suecia, Finlandia, Rusia, Estonia, Polonia, ambas Alemanias y Dinamarca limitan con el mar Báltico.

140. — Muere en 1772 en Londres el filósofo sueco Emanuel Swedenborg, nacido en 1688. Fundó una «religión del misticismo».

141. — Un descubridor electrónico de fallas se emplea para alcanzar perfección de tonalidad en la manufactura de instrumentos de banda y de orquesta.



## POETAS DE AYER Y DE HOY

### El buho y el hombre

Vivía en un granero retirado  
un reverendo Buho, dedicado  
a sus meditaciones,  
sin olvidar la caza de ratones.

Se dejaba ver poco, mas con arte:  
Al Gran Turco imitaba en esta parte.

El dueño del granero  
por azar advirtió en un madero  
el pájaro nocturno.

El hombre le miraba, se reía:  
¡Qué carita de pascua! le decía.

¿Puede haber más ridículo visaje?  
Vaya, que eres un raro personaje.

¿Por qué no has de vivir alegremente  
con la pájara gente,  
seguir desde la aurora  
a la turba canora

de jilgueros, calandrias, ruiseñores,  
por valles, fuentes, árboles y flores?—

Piensas a lo vulgar, eres un necio,  
dijo el solemne buho con desprecio:

Mira, mira, ignorante,  
a la sabiduría en mi semblante;  
mi aspecto, mi silencio, mi retiro  
aun yo mismo lo admiro.

Si rara vez me digno, como sabes,  
de visitar la luz, todas las aves  
me siguen y rodean: desde luego,  
mi mérito conocen, no lo niego...  
¡Ah, tonto presumido!

(El hombre dijo así): Ten entendido  
que las aves, muy lejos de admirarte,  
te siguen y rodean por burlarte;  
de ignorante orgulloso te motejan,  
como yo a aquellos hombres que se alejan  
del trato de las gentes,  
y con extravagancias diferentes  
han llegado a doctores en la ciencia...  
de ser sabios no más que en la apariencia.

De esta suerte de locos  
hay hombres como buhos, y no pocos.



## Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

# INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni víctimas ni verdugos»: Alber CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

### COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor ITICA, 50 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 francos.
- «Incitación al socialismo» Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.300 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Limites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
- «La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 350 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 590 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 530 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 960 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. Jung, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.230 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior», Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: Havelock ELLIS, 250 fr.

### BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de si mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 francos.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 450 fr.
- «La alegría de vivir»: O. Swet MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

### COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Táctico», por Gastón BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABBRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuart Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid